

John Henry Newman

**Meditaciones
sobre la
Doctrina
Cristiana**

— MEDITACIONES

1881

LA DOCTRINA CRISTIANA

MEDITACIONES Y DEVOCIONES

POR EL

CARDENAL JUAN ESTEBAN NEUBERGER

PARTE I.—MES DE MAYO.

• II.—VIA CRUCIS.

• III.—MEDITACIONES SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA.

MEDITACIONES Y DEVOCIONES

POETA

CARDENAL JUAN ENRIQUE NEWMAN

Abad del Oratorio de San Felipe Neri

PART. III

== MEDITACIONES == SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR

VICENTE M.^a DE GIBERT

Con las debidas licencias

L. LLIBS GILLI, Editor

CARME, 42, BARCELONA

— 1917

BREVE VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO ANTES DE EM- PEZAR LA MEDITACIÓN

*En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén.*

Me pongo en la presencia de Aquel ante cuya Presencia Encarnada hallábame ya antes de comenzar este ejercicio.

Yo os adoro, ¡oh Salvador mío! que estáis aquí presente como Dios y como hombre, en alma y cuerpo, en carne y sangre reales.

Reconozco y confieso que me prostro ante aquel Dios hecho hombre, que fué concebido en el seno de María Santísima y descansó en su regazo; que creció y llegó á la edad adulta, y en las riberas del mar de Galilea llamó á su seguimiento á los doce Apóstoles, obró milagros

y pronunció palabras de sabiduría y paz: el cual, cuando llegó su hora, murió en la cruz, fué sepultado, resucitó de entre los muertos y reina ahora en el cielo.

Alabo, bendigo y entrego todo mi ser al que es el verdadero Pan de mi alma y mi gozo perdurable.

Domingo

O Sapientia, quae ex ore Altissimi prodiisti, attingens a fine usque ad finem, fortiter suaviterque disponens omnia: Veni ad docendum nos viam prudentiae.

Lunes

O Adonai et Dux domus Israel qui Moysi in igne flammae tibi apparuisti, et ei in Sina legem dedisti: Veni ad redimendum nos in brachio extento.

Martes

O Radix Jesse, qui stas in signum populorum, super quem contine-

bunt reges os suum, quem Gentes deprecabuntur: Veni ad liberandum nos, jam noli tardare.

Miércoles

O Clavis David, et Sceptrum domus Israel, qui aperis et nemo claudit, claudis et nemo aperit: Veni, et edue vincetum de domo carceris, sedentem in tenebris et umbrâ mortis.

Jueves

O Oriens, Splendor lucis aeternae, et sol justitiae: Veni et illumina sedentes in tenebris et umbrâ mortis.

Viernes

O Rex Gentium, et desideratus earum, lapisque angularis, qui facis utraque unum: Veni et salva hominem, quem de limo formasti.

Sábado

O Emmanuel, Rex et Legisfer nos-

ter, Expectatio gentium, et Salvator
earum: Veni ad salvandum nos,
Domine Deus noster.

Estas antifonas están tomadas del Brevia-
rio Romano, en el Adviento.

MEDITACIONES
SOBRE
LA DOCTRINA CRISTIANA

I

ESPERANZA EN DIOS CREADOR

(T)

1. Dios ha creado todas las cosas para el bien; todas las cosas para su mayor bien; cada una de ellas para su propio bien. Lo que es bueno para una puede no serlo para otra; lo que constituye la dicha de un hombre puede labrar la desgracia de otro. Dios ha dispuesto que, siempre y cuando no pretenda inmiscuirme en sus planes, pueda yo alcanzar lo que será mi mayor felicidad; su mirada no se aparta de mí; me llama por mi nombre; conoce

la medida de mis fuerzas y mis aptitudes; sabe cuál es mi mayor felicidad, y obra en consecuencia para otorgármela.

2. Dios sabe en qué estriba mi mayor felicidad, mas yo lo ignoro. No existe regla alguna que determine lo que encierra la felicidad y la conveniencia; lo que se acomoda á uno repugna con frecuencia á otro. Y los medios para alcanzar la perfección son muchos y variadísimos; hay gran diversidad de remedios para nuestras almas. Así vemos como Dios nos lleva por caminos desconocidos; sabemos que quiere nuestra felicidad, pero ignoramos de qué modo llegaremos á ella y en qué consiste. Somos como ciegos: abandonados á nuestro propio impulso nos extraviaríamos; es preciso que su mano nos guíe.

3. Dejemos, pues, que El nos dirija, y no demos cabida al temor en nuestro pecho si nos lleva por una senda extraña (*mirabilis via*, según lenguaje de la Iglesia). Ten-

gamos la certidumbre de que nos conduce por buen camino, cuyo término será no lo que nos parece mejor, ni lo que es mejor para los demás, sino lo que realmente es mejor para nosotros.

Coloquio. ¡Oh! Dios mio! me pongo sin reserva en vuestras manos. Riqueza ó pobreza, gozo ó dolor, amistad ó abandono, honores ó humillaciones, fama ó descrédito, comodidades ó estrecheces, vuestra presencia ó la privación de ella— todo me será bueno mientras venga de Vos. Vos sois sabiduría y amor: ¿qué otra cosa puedo desear? Me habéis admitido á vuestros consejos y recibido con honores. ¿Qué tengo en el cielo? y, separado de Vos, ¿qué necesito en la tierra? Mi carne y mi corazón desfallecen; mas Dios es el Dios de mi corazón y mi herencia eterna.

(2)

1. Dios era en Sí mismo un todo henchido de bienaventuranza; mas

fué su voluntad crear un mundo que le glorificase. J's omnipotente y pudiera haber hecho por Si mismo todas las cosas; mas fué su voluntad realizar sus designios por medio de los seres que creó. Todos hemos sido creados para su gloria; hemos sido creados para hacer su voluntad. Yo fui creado para hacer ó para ser algo, y ningún otro ser fué creado para la misma cosa; en los designios de Dios y en este mundo tengo asignado un puesto, que nadie más puede ocupar; rico ó pobre, estimado ó despreciado por todos. Dios me conoce y me llama por mi nombre.

2. Dios me crió para que le prestase algún servicio determinado; me ha confiado alguna obra que á nadie más confió. Tengo mi propia misión; quizá la ignore durante toda mi vida, pero ciertamente me será revelada en la vida futura. Como quiera que sea, soy un agente necesario de los planes divinos; tan necesario soy en el lugar que ocupo como un arcángel en el suyo. Si desmerezco, puede sustituirme por

otro, así como podía transformar las piedras en hijos de Israel. Con todo, contribuyo en algo á su gran obra; soy un eslabón de una cadena, un lazo de unión entre distintas personas. Dios no me ha creado en vano. Haré el bien y contribuiré á su obra dentro de mi propia esfera; seré un ángel de paz y un predicador de la verdad, aun sin pretender serlo, con sólo observar sus mandamientos y enderezar mi vocación á su servicio.

3. Debo, pues, confiar en Él. En cualquier lugar y condición que me halle, jamás seré desechado como inútil. Si estoy enfermo, si ando vacilante ó si me visita la tribulación, mi dolencia, mi perplejidad, la prueba á que me veo sometido, pueden coadyuvar á los planes divinos y aun ser causas necesarias de algún fin importante que está fuera de nuestro alcance. Dios no hace nada inútilmente: puede prolongar mi vida ó abreviarla, sabiendo siempre lo que hace. Puede alejar á mis amigos, arrojarnos en tierras extrañas, des-

alentarme y sembrar la desolación en mi espíritu, ocultarme lo futuro; mas siempre sabe por qué lo hace.

¡Oh Adonai, Rey de Israel, que guiasteis á José cual si fuese manso cordero; oh Emanuel, oh eterna Sabiduría, á Vos me entrego, en Vos confío! Conocéis lo que yo ignoro, y me amáis más de lo que yo me amo á mí mismo. Dignaos cumplir en mí vuestros designios, cualesquiera que sean; obrad en mí y por mí. He nacido para servirlos, para ser vuestro, para cooperar á vuestras obras. Hacedme, pues, ciego instrumento vuestro. No os ruego que me hagáis ver ni comprender; sólo os suplico que os valgáis de mí.

(3)

I. ¿Acaso puede el entendimiento humano imaginar el amor del Padre Eterno hacia su Hijo Unigénito? No tiene principio, ni tendrá fin ni término; y es tan grande, que los teólogos llaman al Espíritu San-

to con el nombre de aquel amor para expresar su infinitad y perfección. Mas, reflexiona ¡oh alma mía! y acata este solemne misterio: así como el Padre ama al Hijo, así el Hijo te ama á ti, si eres uno de sus elegidos; porque dice de una manera expresa: «Al modo que mi Padre me amó, así os he amado. Perseverad en mi amor.» ¿Por ventura existe mayor misterio en todo el ciclo de verdades reveladas?

2. El amor que el Hijo siente por la criatura es igual al amor del Padre por su Hijo increado. ¡Oh misteriosa maravilla! He aquí, pues, la clave de lo que de otro modo ínera tan extraño: que el Hijo tomase carne humana y diese por mí su vida. El primero de estos misterios es una anticipación del segundo: éste no hace más que completar á aquél. Si no me hubiese amado de un modo tan incuarrable, no hubiera padecido por mí. Ahora comprendo por qué murió para salvarme: porque me amaba como un padre ama á su hijo; no solamente como un

padre de la tierra, sino como el Padre eterno á su Hijo eterno. Ahora se me descubre el significado de una humillación que de otra suerte fuera inexplicable: Prefirió rescatarme antes que crear nuevos mundos.

3. ¡Cuán constante es su amor! Nos ha amado desde los tiempos de Adán. Desde un principio nos dijo: «Nunca te dejaré ni te abandonaré.» No nos abandonó en nuestro pecado. No me abandonó. Me buscó y me ganó á sí de nuevo. Se empeñó en ello, por decirlo así; quiso regenerarme á pesar mío, volviéndome á la gracia, contra la cual luché con la mayor obstinación. Y ahora ¿qué otra cosa exige de mí, sino que así como me ha amado con un amor infinito, así le ame yo en la medida de mis pobres fuerzas?

¡Oh misterio de misterios, que el amor del Hijo hacia nosotros sea como el inesable amor del Padre hacia el Hijo! ¿Por qué me amáis, Señor, de esta manera? ¿Qué cosa

buena descubristeis en mí, pecador?
 ¿Por qué fijasteis en mí vuestra mirada? «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que lo visites?» Esta carne miserable, esta alma débil y pecadora, que sólo puede tener vida en vuestra gracia, fueron el objeto de vuestro amor. Completad vuestra obra, ¡oh Señor! y así como me amasteis desde un principio, haced que pueda yo amaros hasta el fin.

II

ESPERANZA EN DIOS REDENTOR

(1)

LOS PADECIMIENTOS MORALES DE NUESTRO SALVADOR

1. «Después de haber concluido Jesús todos estos razonamientos, dijo á sus discípulos:... *El hijo del hombre será entregado á muerte de cruz.*» (Matth., XXVI). Así como un ejército se aperece para la batalla, ó como los marinos despejan la cubierta del navio antes de comenzar la acción, ó el moribundo dicta su testamento y se encomienda á Dios; así Nuestro Señor Jesucristo, aunque no dejó nunca de prodigar sus enseñanzas, sumó y completó su doctrina y dió luego principio á

su pasión. Entonces levantó con su acto mismo la prohibición que mantenía á Satanás á distancia, y permitió que la inquietud y agitación penetrasen en su corazón humano, á semejanza del soldado condenado á muerte que quiere dar con su propia mano la señal de la descarga última. Satanás no dejó de acudir y aprovechar la brevedad de los últimos días.

2. Difundióse entre los discípulos una corriente maligna de murmuración y crítica. Uno solo de ellos fué su causante, mas parece que sus malas disposiciones fueron contagiosas. Jesús contemplaba su muerte ya cercana y pensaba en su sepultura. Una mujer, tomando un vaso de alabastro lleno de unguento precioso, lo quebró y ungió su cabeza. Este acto inundó de consuelo y ternura el alma purísima de Jesús. Era una prueba silenciosa de simpatía, y toda la casa llenóse de su fragancia. Rompió bruscamente este encanto la voz áspera del traidor, manifestando abiertamente por vez

primera su secreta malicia y sequedad de corazón. *Ut quid perditio haec?* «¿Para qué este desperdicio?» —he aquí el infiel administrador regateando los honores tributados á su Maestro é intentando con su inopia economía aumentar sus fraudes. De este modo, la suave y tranquila armonía de aquella cena en Betania se ve turbada por la discusión y discordia; las cosas toman un mal sesgo; cunde el descontento y la desconfianza; el demonio trabaja.

3. Judas, en cuanto hubo descubierto la fealdad de su alma, no perdió tiempo para ejecutar su plan. Avistóse con los príncipes de los sacerdotes y, por treinta monedas de plata, se comprometió á entregar á su Señor. Jesús vió su lucha interior; vió cómo Satanás llamaba á la puerta de su corazón, y entraba en él, y era acogido como huésped y amigo digno de honra y estima. Vió á Judas visitando á los sacerdotes, y oyó la conversación que medió entre ellos. Todo esto lo había ya visto con su presciencia, mientras Judas an-

duvo en su seguimiento, y ya desde el momento en que fué elegido. Lo que sabemos vagamente que sucederá nos impresiona mucho más y de una manera muy diferente cuando realmente acaece. Durante largo tiempo Nuestro Señor había sufrido —había querido sufrir— la cruel ingratitud, de la cual sería juguete y víctima. Había tratado á Judas como á uno de sus mejores amigos, dándole pruebas de la mayor intimidad; le había hecho depositario del fondo común; le había conferido el poder de obrar milagros; le había comunicado un conocimiento de los misterios del reino de los cielos; le había enviado á predicar á las gentes, nombrándole uno de sus representantes particulares, de manera que el Maestro podía ser juzgado según la conducta de su siervo. El dictador pagano, al recibir la puñalada de su anigo, exclamó: «¡Tú también, oh Bruto!» La ingratitud desgarrá el corazón. Dios, por su naturaleza misma, no puede sentir la ingratitud con que los hombres pagan diariamente sus bondades:

Tomó, pues, un corazón humano, á fin de ser sensible á ella con la mayor intensidad. Y ahora ¡oh Dios mío! aunque estéis en el cielo, ¿no sentís toda la ingratitud con que he correspondido á vuestros beneficios?

4. Yo me represento el rostro de un hombre, no pudiendo precisar si joven ó anciano. Puede tener cincuenta años, ó quizá sólo tenga treinta; á veces parece lo uno, á veces lo otro. Hay en Él un no sé qué, que no me es dado explicar. Acaso, llevando como lleva todas las cargas, lleva también la carga de la vejez. Su rostro es á un tiempo venerable é infantil en sumo grado, tranquilo, dulcísimo, modestísimo; reboea santidad y amor. Sus ojos penetran hasta mi corazón y lo conmueven. Su aliento es toda fragancia que me transporta y enajena. Sin cesar y por siempre quiero yo contemplar aquel divino rostro.

5. De repente, veo que alguien se le acerca, levanta la mano y le

abofetea. Es una mano dura la que pega, mano de hombre rudo, acaso cubierta de hierro. Esta acción, aunque repentina, no puede coger por sorpresa al que conoce todas las cosas, pasadas y futuras; no da señal alguna de resentimiento, sino que permanece tranquilo y grave como antes; pero la expresión de su rostro cambia; levántase un gran clamor, y pronto desaparece á mi vista aquel rostro hermosísimo, como si por los efectos de aquella acción indigna lo ocultase una nube.

6. Una mano hirió el rostro de Cristo. ¿De quién era aquella mano? Mi conciencia me dice que fué la mía. Aunque ahora confío firmemente no volver á cometer semejante acto, contéplalo, alma mía, en todo su horror y vileza. *Imagina á Cristo delante de ti, é imagínate alzando la mano y pegándole.* «No —exclamas,— no puede ser; jamás hice tal cosa!» Y sin embargo, así obraste. Cuando pecaste voluntariamente, entonces cometiste aquella acción. Jesús no puede ahora pa-

decir dolor alguno; pero le pegas, y si vivieses en aquel tiempo de su existencia mortal, sintiera el dolor que tú le causas. Ejercita la memoria y recuerda el tiempo, el día, la hora en que, pecando mortalmente con plena voluntad, haciendo mofa de las cosas sagradas, obrando con liviandad, oliando al que es tu Hermano, cometiendo acciones deshonestas, rechazando deliberadamente las inspiraciones divinas, ó de cualquier otro modo diabólico que tú sabes, alzaste la mano contra el Dios de toda santidad.

Señor, á quien he injuriado, ¿dónde hallaré palabras de disculpa? Enormes son mis ofensas contra Vos, que sois mi Hermano; si no me levantáis, la desesperación entrará en mi alma. No puedo miraros; apartome de Vos, y, cerrando los ojos, caigo en tierra desplomado. Si no os apiadáis de mí, seré víctima de Satanás. Es cosa terrible dirigirme á Vos; pero haced que á Vos me dirija, os lo suplico. Es un purgatorio soportar vuestra vista y verme

á mí mismo, siendo como soy vil pecador y Vos el Santo de los santos. Con todo, haced que os contemple una vez más, á Vos, á quien he ofendido de tan indigna manera; porque vuestra presencia es mi única vida, y mirándoos á Vos, á quien he atormentado, hallo mi única salud y esperanza. Por esto me pongo delante de Vos, os vuelvo á mirar, y sufro este dolor á manera de expiación.

¡Oh Dios mío! ¿cómo puedo contemplar vuestro rostro, cuando pienso en mi ingratitud tan habitual, tan profundamente arraigada, tan impertérrita, y siempre en aumento? Cada día de mi vida me colmáis de vuestros favores, me alimentáis con vuestra propia substancia, como lo hicisteis con Judas, y yo no saco de ello el menor provecho y ni siquiera reconozco el favor recibido. ¿Cuándo será, ¡oh Señor! cuándo será que me verá libre de tan real y terrible cautiverio? El que se apoderó de Judas también me ha hecho su presa en mi ancianidad, y no puedo escapar

de sus garras. Transcurre el tiempo y mi situación no cambia. ¿Cuándo me daréis una gracia, mayor aun que las que me habéis otorgado hasta ahora, la gracia de saberme aprovechar de vuestras gracias? ¿Cuándo me daréis esta gracia eficaz, la única que puede dar vida y fortaleza á mi alma estéril, miserable y moribunda? Dios mío, yo ignoro de qué manera os causo pena en vuestro estado de glorificación; pero sé que cada nueva culpa, cada nueva ingratitud estaban ya comprendidas en los golpes y azotes que sufristeis. Haced que mi cooperación en vuestros tormentos pasados sea lo más reducida posible. Corren los días, y mis pecados cotidianos me convencen más y más de que yo fui en gran parte la causa de aquellos padecimientos. Sé ciertamente que mi participación *in solido* en todos ellos es real y verdadera, y, sin embargo, veo cómo cada día va aumentando tal participación con nuevas ofensas. Haced que sean otros—no yo—los que os hieran, y no me dejéis creer que, á no ser por mí, vuestros

sufrimientos espirituales y corporales hubieran sido menores. ¡Oh Dios! estoy encerrado en una cárcel de la cual no me es dado salir. ¡Oh María, rogad por mí San Felipe, rogad por mí, aunque no merezca vuestra compasión.

(2)

NUESTRO SEÑOR RECHAZA TODA SIMPATÍA

1. La simpatía es una ley que puede ser llamada eterna, porque está significada ó, mejor dicho, realizada de un modo trascendental y ejemplar en el amor mutuo é inefable de la Santísima Trinidad. En Dios, infinita unidad, hay eternamente tres personas. Dios se ha complacido de toda la eternidad en su Hijo y en su Espíritu, y éstos se han complacido en El—y de este modo Dios ha existido siempre, solo, pero no solitario, hallando en esta incomprendible multiplicación de sí mismo, en esta repetición de su

Persona, una bienaventuranza infinitamente perfecta que no puede aumentarse con ninguna de las cosas creadas. Solamente el diablo es infecundo y permanece solitario y encerrado en sí mismo—y como él también sus esclavos.

2. Cuando el Hijo vino á la tierra para salvarnos y tomó carne mortal, no quiso vivir sin simpatía. Durante treinta años moró en compañía de María y de José, formando así en la tierra un trasunto de la Trinidad del cielo. ¡Oh cuán perfecta era la simpatía que estrechaba su unión! La idea expresada con un gesto, una mirada de uno de ellos era inmediatamente comprendida por los demás, mejor que si hubiese sido expresada en un largo discurso—más aun que comprendida, era aceptada, reproducida, corroborada. Las tres personas de la Sagrada Familia eran como otros tantos instrumentos perfectamente afinados que vibran los tres cuando uno solo vibra, ya produciendo una misma nota, ya formando una armonía consonante.

3. Esta vibración unisona se debilitó por vez primera con la muerte de José. No hubo la menor desafinación, porque hasta el último momento de su vida José fué uno con Jesús y María, y la simpatía entre los tres no hizo más que ganar en intensidad y en dulzura, á medida que las circunstancias variaban y hacían más propicia su manifestación durante los meses de decaimiento, enfermedad y muerte. Entonces aquella simpatía era entre los tres una música perfecta y exactamente concertada en ritmo y melodía. Pero acababa en un tono más bajo que en otro tiempo, y cuando José expiró sonó más débilmente. No porque José, á pesar de su gran santidad, añadiese mucho volumen al sonido, sino porque la simpatía, como lo da á entender su nombre mismo, supone número, y á su muerte una de las tres arpas, no siendo tañida, permaneció silenciosa.

4. Grandes momentos de simpatía fueron los últimos de José—Jesús y María á su cabecera sostenién-

dole y enlándole solícitos, él mirándoles y descusando en ellos con una confianza entera y suprema, por estar en brazos de Dios y de su Santísima Madre. A semejanza de una llama que despide gran resplandor y luego expira, el éxtasis de aquellos momentos fué inefable, porque los tres conocían el destino del alma que iba á libertarse de los lazos terrenos y en él concentraban su pensamiento. Otro momento muy diferente, de alegría, no de dolor, se pareció á éste como intensidad afectiva: el del nacimiento de Jesús. El nacimiento de Jesús, la muerte de José: he aquí dos momentos de una dulzura incuarrable, únicos en la historia de la humanidad. San José fué al limbo, donde había de esperar su tiempo, apartado de la presencia de Dios. Jesús debía predicar, padecer y morir; María había de presenciar sus padecimientos y, aun después de la resurrección de su Hijo, había de vivir en este mundo sin Él, en medio de las vicisitudes de la vida y de la insensibilidad de los paganos.

5. El nacimiento de Jesús, la muerte de José—aquellos dos trascendentales momentos de la más pura, perfecta y viviente simpatía entre los miembros de aquella Trinidad en la tierra, señalaron su principio y su terminación. La muerte de José, que la deshizo, descompuso también algo más: marcó el principio del cambio que habían de sufrir Hijo y Madre. Por espacio de treinta años habían permanecido alejados del mundo, unidos en estrecha vida de familia. Mas había llegado la hora de la predicación y del sufrimiento; y la primera é inevitable prueba de Jesús, á la que se sometió voluntariamente desde el principio hasta el fin, aun en momentos en que no parecía necesaria, fué la privación de aquella comunión de corazones—de su corazón con el corazón de María—que había subsistido desde que tomó la naturaleza humana, y que había poseído por toda la eternidad de una manera ejemplar y trascendental junto con el Padre y el Espíritu Santo.

A ti, alma mía, te es permitido contemplar la unión de la Sagrada Familia y ser partícipe de su simpatía, con la fe, aunque no con la vista. Dios mío, yo sé y creo que en aquel tiempo se estableció en la tierra una comunión de cosas divinas que desde entonces no ha sufrido jamás interrupción. Entrando en ella cumpliré mi deber y labraré mi felicidad. Porque mi deber y mi felicidad consisten en estar en armonía con aquella música celestial que á la sazón comenzó á sonar. Dadme aquella gracia vuestra que puede hacerme oír y comprender semejante música, á fin de que haga vibrar todo mi ser. Haced que Jesús, María y José sean la atmosfera que bañe mi alma. Haced que viva con ellos retirado, lejos del mundo y del espíritu del mundo. Haced que acuda á ellos en el gozo y en la tribulación, y que viva y muera en su dulce simpatía.

6. El último día de comunicación terrena entre Jesús y María fué el de las bodas de Caná. Y aun enton-

es faltó algo á aquella bienaventurada intimidad, porque ya no vivian sencillamente el uno para el otro, sino que se mostraban en público, empezando á ocupar su lugar en la dispensación divina que á la sazón comenzaba. Jesús hizo manifiesta su gloria con su primer milagro, y asimismo la gloria de María, pues fué obrado mediante su intercesión. En María hizo recibir Jesús mayor honor, rompiendo á sus ruegos el orden de cosas establecido y anticipando su hora, que no habia llegado aún. Mas mientras obraba el milagro, despidióse de ella con estas palabras: «Mujer, ¿qué hay entre vos y yo?» Separábase por completo de María, pero llevándose su bendición. Abandonaba el paraíso en la tierra, débil y solo.

7. Porque en verdad era conveniente que el que habia de ser el verdadero Sumo Sacerdote, mientras ejerciese semejante cargo en beneficio de todos los hombres, estuviese libre de todo lazo humano y de todo afecto carnal. Y acaso una de las

razones que expliquen su largo retiro en Nazaret sea ésta: que así como, para hacerse hombre, dejó la gloria de su Padre celestial y la suya propia, así también debía abandonar los goces puros é inocentes de su mansión terrena á fin de poder abrazar el sacerdocio. De igual manera, en otros tiempos, se dice de Melquisedec que no tenía padre ni madre. Y los levitas se mostraron verdaderamente dignos de su cargo y fueron constituidos en tribu sacerdotal, porque se hicieron fuertes contra sus afectos naturales y dijeron á sus padres ó madres: «No os colocemos; y levantaron la espada contra su propia familia, cuando el honor del Señor de los ejércitos exigió el sacrificio. De un modo análogo, dijo Jesús á Maria: «¿Qué hay entre vos y yo?» Esta era la separación antes del sacrificio, el primer paso ritual hacia la gran obra que se habla de ejecutar solemnemente para la salvación del mundo. «Mujer, ¿qué hay entre vos y yo?»—he aquí el ofertorio antes de la oblación de la Hostia. ¡Oh Señor mío muy

amado, que por mí abandonasteis á vuestra Madre! concededme la gracia de abandonar por Vos gozoso todos mis deudos y amigos en la tierra.

8. El sumo sacerdote decía á los de su linaje: «No os conozco.» Cuando Jesús pronunció estas palabras, podemos creer que su amabilísimo corazón recorrió todo el curso de su vida desde su nacimiento, y recordó aquellos días de su infancia pasados en compañía de personas de las cuales se había ya separado mucho antes. En otro tiempo, Santa Isabel y San Juan Bautista habían formado parte de la Sagrada Familia. Santa Isabel, como San José, había dejado este mundo y estaba esperando la venida del que había de romper las cadenas que la privaban de subir al cielo. Hacía ya tiempo que San Juan había abandonado su casa y su familia y los afectos terrenales, y principiado á anunciar al Señor que había de venir, esperando con vivas ansias su aparición.

Dadme gracia ¡oh Jesús! para que viva en aquella santa compañía. Haced que pase mi vida en vuestra presencia y en la de vuestros amigos predilectos. Aunque no les vea, haced que lo que se manifiesta á mis ojos no me seduzca y me incite á entregar mi corazón á otros. No porque hayáis derramado sobre mí vuestras bendiciones y me hayáis dado amigos quiero yo depender de ellos ó confiar en ellos, en modo alguno, antes bien, quiero que mi vida sea en Vos, y mi conversación y mis ocupaciones diarias estén entre aquellos que os rodearon en la tierra y en los cuales cifráis ahora vuestras delicias en el cielo. Haced que mi alma esté con Vos, y estando con Vos, esté también con María y José, con Isabel y Juan.

9. Jesús, andando el tiempo, no sólo abandonó á María y José. Aun le quedaban compañeros y amigos invisibles que le amaban; pero, al cabo, también los abandonó. Podemos suponer que desde su nacimiento estaba en comunión con los

santos Padres que habían preparado y profetizado su advenimiento. En cierta ocasión fué visto hablando por espacio de una noche con Moisés y Elias, y el coloquio versaba sobre su pasión. Con esto se abre á nuestro pensamiento un anchuroso campo que apenas conocemos. Las noches, dedicadas enteramente á la oración, eran para el alma y el cuerpo de Jesús un descanso mayor que el sueño. ¿Quién podía sostener y, por decirlo así, dar nuevo aliento al divino Señor, mejor que aquel *laudabilis numerus* de los Profetas, de los cuales El fué á la vez cumplimiento y arquetipo? Jesús podía hablar con Abraham, que vió el día del Señor, ó con Moisés, que habló con Dios; ó con los que le prefiguraron de un modo particular, David y Jeremías; ó con los que hablaron de él más frecuentemente, como Isaías y Daniel. No escaseaban los motivos de simpatía. Cuando Jesús entró en Jerusalén para padecer y morir, acaso fué recibido en espíritu por todos los santos sacerdotes que habían ofrecido sacrificios figurados, así

como actualmente el sacerdote recuerda en la misa los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedec, y el carbón encendido que purificó los labios de Isaias, estando al propio tiempo en comunión con los Apóstoles y Mártires.

10. Permanezcamos un momento con María, antes de seguir los pasos de su divino Hijo, nuestro Señor. Aunque un día Jesús no otorgó su consentimiento al que quería despedirse de su casa y de los suyos antes de seguirle, y aunque puede decirse que no se despidió de su Madre, ¿por ventura podrá enojarse si durante breves instantes nos quedamos en compañía de María, aun cuando Él sea el principal objeto de nuestra meditación? ¡Oh María! aquí nos tenéis, devotísimos de vuestros siete dolores—mas este dolor, aunque no sea contado entre los siete, ¿no fué ciertamente uno de los mayores, y no incluía los que siguieron, dado vuestro conocimiento anticipado de ellos? ¿Cómo sobrellevasteis aquella primera separación? ¿Cómo

pasaron aquellos primeros días de soledad? ¿A dónde os refugiasteis? ¿Fué qué lugar vivisteis durante los tres largos años del ministerio público de vuestro Hijo? Una vez, al principio de dicho ministerio, intentasteis acercaros á Él; más adelante ya no sabemos nada más de Vos hasta que os hallamos al pie de la cruz. Y después, pasado el gran gozo de verle de nuevo, con todo y el constante consuelo, que nunca había de desvanecerse, de saber que todos sus sufrimientos y humillaciones habían terminado, no teniendo ya que llorar más por Él, aun estuvisteis durante muchos años separada de vuestro Hijo, mientras vivisteis en carne mortal, rodeada de este mundo perverso.

11. María Santísima, entre sus demás dolores, sufrió la pérdida de su Hijo después de haber vivido con Él durante treinta años bajo un mismo techo. Jesús, no contando más de doce años, había dado á su Madre un aviso de lo que había de suceder, cuando la dijo: «No sa-

blais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» Y, habiendo ya llegado el tiempo y comenzando á obrar milagros, le dirigió estas palabras: «¿Qué nos va á mí y á vos?—¿Qué hay de común entre nosotros?—y se separó de ella. Una vez quiso María acercarse á Él, pero fué en vano, no pudiendo pasar por entre la multitud; y Jesús, por su parte, no hizo el menor ademán de recibirla ni pronunció una palabra afectuosa. Y cuando, al fin, quiso la Madre aproximarse nuevamente á su Hijo, hallóle ya clavado en la cruz y moribundo. Jesús, después de su resurrección, sólo permaneció cuarenta días en la tierra, dejando en ella á su Madre, que sin Él pasó su ancianidad y terminó su existencia mortal. Comparemos con aquellos treinta años felices el tiempo de su soledad.

12. Contemplémosla sola en su morada, mientras su Hijo recorre el país en todas direcciones, no sabiendo dónde reclinar la cabeza.

Sufrió á la vez por la separación y por saber á su Hijo tan expuesto. ¡Cuán tristes transcurrieran los días! Tuvo noticias de que estaba en peligro, ó en tribulación. Supo quizá que habia sido llevado al desierto para ser tentado. Deseó participar de sus padecimientos, mas no le fué permitido realizar su deseo. En cierta ocasión corrió la voz de que Jesús no estaba en su cabal juicio, lo cual fué creído por muchos, y sus amigos y allegados salieron á su encuentro para apoderarse de Él. María salió también para verle, y trató de acercársele; mas la muchedumbre se lo impidió. El anuncio de su visita llegó hasta los oídos del Hijo; pero Jesús, por su parte, no hizo el menor ademán de recibirla ni pronunció una palabra afectuosa. La Madre regresó á su morada sin tener el consuelo de ver á su Hijo. Y vivió sola, quizá en compañía de los que no creían en Él.

13. Contemplémosla ahora después de la Ascensión, en otro tiempo que es también de soledad, pero asi-

mismo de consuelo. Era una hora crepuscular, mas no una hora de dolor. El Señor estaba ausente, pero no en este mundo, padeciendo. La muerte ya no tenía poder sobre El. Y El visitaba á su Madre cada día en el Santo Sacrificio. Contemplemos á María Santísima oyendo la Misa celebrada por San Juan. ¡Cómo espera el momento de la presencia de su Hijo; cómo conversa con El, y, por fin, cómo recibe en su pecho al que habla llevado en sus entrañas!

¡Oh Santísima Madre! estad á mi lado cuando asisto al Santo Sacrificio de la Misa, cuando Cristo viene á mí; cuidad de mí como cuidasteis al divino Niño, como escuchasteis sus palabras á medida que fué creciendo, y como permanecisteis al pie de la cruz. Estad conmigo, ¡oh Santísima Madre! á fin de que pueda adquirir algo de vuestra pureza, de vuestra inocencia y de vuestra fe, y á fin de que Jesús sea para mí, como lo fué para Vos, único objeto de amor y adoración.

14. Otras criaturas le sirvieron de un modo más directo, y se nos habla más á menudo de ellas—los ángeles. La voz del arcángel fué la que anunció al profeta la venida del Eterno, que había de habitar en el seno de Maria. Los ángeles cantaron á su nacimiento, y todos los ángeles del cielo le adoraron en el portal de Belén. Un ángel le envió á Egipto y le condujo al regresar. Los ángeles le sirvieron después de su tentación. Los ángeles ejecutaron sus milagros, cuando no quiso pronunciar el *fiat* omnipotente. Pero al fin, les ordenó que se alejasen de El, así como había pedido á su Madre igual cosa. Y solo un ángel asistió á su agonía. Dijo después: «¿Piensas que no puedo acudir á mi Padre, y pondrá en el momento á mi disposición más de doce legiones de ángeles?» — significando con estas palabras que de hecho sus guardianes se hablan retirado. La Iglesia le dirige este ruego en el día de su Ascensión: «¡Oh Rey de la gloria, Señor de los ángeles, no nos dejes huérfanos!» El Señor de

los ángeles estuvo en aquel tiempo separado de ellos.

15. Tuvo Jesús otros amigos humanos, cuando hubo dejado á su Madre—los doce Apóstoles,—como si desease hallar un objeto en que poder fijar su simpatía. Los escogió, según sus propias palabras, no para ser «servidores, sino amigos». Hízolos sus confidentes. Les reveló cosas que no descubrió á otros. Fué su voluntad mostrarse favorable con ellos, más aun, tratarles como un padre trata á su hijo predilecto. Favorecióles más que á los reyes, profetas y sabios, con las cosas que les comunicó. Los llamó «sus pequicñuelos», y los prefirió á los doctos y prudentes para otorgarles sus dones. Gozábase en ellos, al paso que los alababa, porque le habían seguido en la prueba; y como en señal de agradecimiento, les anunció que se sentarían en doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. Consolábale las muestras que le daban de su simpatía, cuando se iba acercando el tiempo de su pasión. Quiso re-

uirlos en torno suyo en la última Cena, como si ellos hubiesen de ser su sostén. «Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión», les dice. Había entre ellos un cambio de obsequios y finezas, y una corriente de íntima simpatía. Pero fué su divina voluntad que sus Apóstoles también le abandonasen, quedando así completamente solo. Uno de ellos le vendió, otro le negó y los demás huyeron de Él, dejándole en manos de sus enemigos. Aun después de levantarse triunfante del sepulcro, ninguno quiso creer en Él. Él solo pisó la uva en el lagar.

16. El Todopoderoso, el Bienaventurado por excelencia, el que henchía su propia alma con la plena gloria de la visión de su Naturaleza Divina, quiso sujetar aquella alma á todas las flaquezas inherentes á ella en el orden natural; y así como permitió que se alegrase en la compañía de amigos terrenales y se entristeciese en su ausencia, así también, cuando le plugo, quiso pri-

varla, y de hecho la privó, de la luz de la presencia de Dios. Esta fué la última pena á que la sometió y la que coronó todas las demás. Durante los años de su ministerio había luido de los hombres para ir á Dios; hablale invocado, y en El se había refugiado de la dura ingratitude de la raza que salvaba con la comunión divina. De noche retirábase á orar. Decía que el Padre ama al Hijo y le enseña todas las cosas que hace. Dábale gracias porque ocultaba sus misterios á los sabios y los revelaba á los pequeños. Mas ahora se privaba de este consuelo esencial, por el cual vivía; y se privaba de él no sólo en parte, sino por completo. Cuando principió su pasión, exclamó: *«Mi alma siente angustias mortales;»* y una de sus últimas palabras fué: *«Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»* Estuvo, pues, despojado de todo.

¡Oh Dios y Salvador mío, que os visteis privado de todo consuelo, y tuvisteis sumida en tinieblas vues-

tra alma, cuyos afectos no pudieron apagar su sed en el verdadero objeto de ellos, todo esto por amor á los hombres! no me privéis de la luz de vuestra presencia, porque si carecía de ella me marchitaria y pereceria en mi miseria. ¿Quién, sino Vos, puede sufrir la pérdida del Sol del alma? ¿Quién puede ardar sin luz, ó trabajar sin el aire puro, más que los grandes santos? Por lo que á mí toca, si lo queréis entregáros á mi Vos mismo, pediré consuelo á las criaturas. No gemiré, no tendré hambre y sed de justicia, sino que cobaré mano de lo primero que encuentre y viviré de desperdicios, ó bien calmaré mi apetito con polvo, ceniza, paja, que, si no me emponzoñan, tampoco me darán alimento. Dios mio, no me dejéis en el estado de sequedad en que me hallo; reconfortadme con vuestra gracia. ¿Cómo podré sentir ternura ó suavidad alguna si no os tengo delante para poderos contemplar? ¿Cómo podré perseverar en la oración, según me impone un doble deber, puesto que pertenezco al Oratorio,

si no me dais aliento y me la hacéis agradable? Es tan difícil que un anciano conserve aún algún calor interno; sólo con gran lentitud recobra lo perdido. Sin embargo, ¡oh Dios mío! bien parece que San Felipe, mi padre, jamás padeció desolación durante su vida. Le enviasteis pruebas, mas nunca le privasteis de la luz de vuestra presencia. ¡Oh San Felipe! ¿no me alcanzaréis alguna parte, por pequeña que sea, de vuestra paz y vuestro gozo, de vuestra alegría, de vuestra dulzura, de vuestra caridad y abnegación? En todo me siento completamente opuesto á Vos; sin embargo, yo soy vuestro representante.

(3)

LOS SUFRIMIENTOS CORPORALES DE NUESTRO SEÑOR

I. Los sufrimientos corporales de Nuestro Señor fueron mayores que los de cualquier mártir, porque quiso que, así fuese. Todo padeci-

miento del cuerpo depende, tanto para ser ó no sentido, como para ser sentido en mayor ó menor grado, de la naturaleza del espíritu viviente que mora en aquel cuerpo. Los vegetales no tienen sentimiento, porque no hay en ellos inteligencia ó espíritu viviente. Los animales irracionales sienten más ó menos, según la inteligencia que poseen. El hombre siente más que cualquier bruto, porque tiene alma. El alma de Cristo sintió más que la de cualquier otro hombre, porque estaba exaltada por la unión personal con el Verbo divino. Cristo sintió el dolor corporal de un modo mucho más intenso que cualquier otro hombre, así como un hombre lo siente mucho más que cualquier animal.

2. Es un alivio para el dolor tener distraído el pensamiento. Ocurrer á menudo que los soldados en la refriega ignoran que han sido heridos. Y parece á veces que en el delirio el enfermo sufre en alto grado, mas después sólo recuerda ha-

ber sentido alguna desazón é inquietud. La emulación y el entusiasmo son los grandes paliativos de los padecimientos corporales; los salvajes, por ejemplo, mueren empalados y sufren los mayores tormentos, entonando sus cantos: se hallan en una especie de embriaguez mental. Además, un dolor momentáneo es relativamente llevadero; la duración del dolor es lo más inoportable, y si no recordásemos el dolor que padecemos durante el momento pasado y seguimos padeciendo en el presente, nuestro sufrimiento sería mucho menor; mas lo que agrava nuestro mal actual es el haber padecido un mal anterior; y lo que agravará el mal venidero será la precedencia del mal actual y del pasado; el mal parece aumentar á medida que se prolonga. Ahora bien. Cristo padeció, no en el delirio, ni alentado por la emulación, ni sumido en la inconsciencia, sino que contempló el dolor frente á frente. Al dolor enderezó todo su entendimiento, y lo recibió, por decirlo así, directamente en su pecho,

y soportó todos sus padecimientos con plenísima conciencia.

3. Cristo no quiso beber el brebaje que le fué ofrecido para oscurecer su entendimiento. Quiso tener entero conocimiento de sus dolores; llenaban éstos de tal manera su alma, que no era posible distraerla de ellos. Y hallábase el alma de Cristo en plena actividad, recordando lo pasado, previendo lo futuro, de modo que, por decirlo así, toda la pasión estaba concentrada en cada instante de su curso, y todo lo que había padecido y lo que había de padecer venía á aumentar el padecimiento del momento presente. Y no obstante, permanecía tranquila, serena y pasiva, capaz de recibir todo el peso de los dolores, mas sin el poder de rechazarlos. Por otra parte, el sentimiento de la inocencia consciente y el conocimiento de que sus sufrimientos llegarían á su término, pudieron acaso sostener á Cristo; mas El rechazó todo alivio y apartó de éste sus pensamientos á fin de poder

padecer de un modo absoluto y perfecto.

¡Oh Dios y Salvador mío, que en tan alto grado sufristeis por mí con tan vívido conocimiento, con tal plenitud, tal poder de recordar lo pasado y tal fortaleza! prestadme auxilio si me veo sometido á la durísima prueba del dolor corporal, dadme fuerzas para soportarlo con algún poco de vuestra paz. Alcanzadme vuestra gracia, ¡oh Santísima Virgen y Madre, que visteis padecer á vuestro Hijo y con Él padecisteis! á fin de que, cuando me opriman los padecimientos, pueda asociarlos á los suyos y á los vuestros, y mediante su pasión y vuestros méritos, y los de todos los Santos, pueda satisfacer por mis pecados y alcanzar la vida eterna.

4. Los padecimientos de Nuestro Señor fueron tan grandes porque su alma participaba de ellos. Así lo demuestra el haber comenzado su alma á padecer antes de su pasión corporal, como vemos en la agonía

en el huerto. Las primeras angustias que se apoderaron de su cuerpo no tuvieron causa exterior; no fueron producidas por los azotes, las espinas ó los clavos, sino que provinieron de su alma. Esta se hallaba en tal agonía, que parecía la muerte: «Mi alma siente angustias mortales.» Tan grandes fueron que, por decirlo así, desgarraron todo su cuerpo. Eran dolores que partían de su corazón mismo. Así como en el diluvio desbordáronse las aguas de los abismos y precipitáronse sobre la tierra las cataratas de los cielos, así la sangre, desbordando de su corazón afligido, se esparramó por todo su cuerpo, abriendo nuevos canales, llenando todos los poros, y, por fin, salió á fuera formando gruesas gotas que caían pesadamente al suelo.

5. Cristo permaneció en este estado de muerte en vida á partir de su agonía en el huerto; y así como esta agonía lo fué del alma, también fueron agonía del alma las últimas horas de su vida. Así como los azo-

tes y la cruz no dieron principio á sus padecimientos, tampoco les dieron fin. Fué la agonía de su alma, no la de su cuerpo, la que causó su muerte. Sus perseguidores se mostraron sorprendidos al saber que había muerto. ¿Cómo, pues, murió? Aquel corazón torturado y agónico, que había sentido tan terrible alivio cuando la sangre, agolpándose hacia los poros, salió por ellos, rompióse al cabo. Rompióse, y Jesús murió. Hubiérase roto ya desde el principio, si él no se lo hubiese prohibido. Pero, al fin, llegó la hora; pronunció una palabra, y su corazón se rompió.

6. ¡Oh atormentado corazón! ¡el amor, la pena y el temor te destruyeron! La vista, el conocimiento y el sentimiento del pecado del hombre pesaban sobre él; el celo de la gloria de Dios, el horror de ver tan de cerca el pecado, un sentimiento de antipatia y repugnancia á su contacto, el hondo disgusto, la vergüenza, el aborrecimiento y la actitud de protesta que le inspiraba,

la profunda compasión por las almas que ha llevado al infierno—todos estos sentimientos entraban en el divino corazón y lo colmaban. Os sometisteis á su poder, ¡oh buen Jesús! y ellos causaron vuestra muerte. El pecado fué el que mató vuestro corazón fuerte, vuestro corazón lleno de nobleza y generosidad, de ternura y pureza.

¡Oh dulcísimo Señor! ¿cuándo poscerá mi corazón alguna pequeña parte de vuestras perfecciones? ¿Cuándo será que mi corazón empedernido, mi corazón soberbio, mi corazón incrédulo é impuro, mi corazón estrecho y egoísta, se confunda con el vuestro y según él se amolde? Haced de manera que os contemple y me haga semejante á Vos, y os ame sincera y sencillamente como Vos me habéis amado.

TODO ESTÁ CONSUMADO

1. Todo terminó, ¡oh Señor! así vuestros padecimientos como nuestras humillaciones. Hemos andado en vuestro seguimiento desde vuestro ayuno en el desierto hasta vuestra muerte en la cruz. Hemos hecho penitencia durante cuarenta días. El tiempo ha sido á la vez largo y breve; mas, fuese como quiera, ha pasado ya. Ha pasado, y por ello nos complacemos; se nos quita un peso de encima, y nos sentimos más libres. Os damos gracias porque ya pasó. Os damos gracias por el tiempo de la tribulación; pero aumenta nuestro agradecimiento cuando consideramos la fiesta ya próxima. Perdonad nuestras faltas en tiempo de Cuaresma y otorgadnos vuestras recompensas al llegar la Pascua.

2. Verdad es que hemos hecho muy poca cosa por Vos, ¡oh Señor! No podemos menos de recordar nues-

tra distracción y cansancio; nuestra poca inclinación á mortificarnos cuando ningún obstáculo por motivo de salud se oponía á ello; nuestra tibieza en la oración y meditación; el desorden de nuestro espíritu; nuestro descontento; nuestra acritud. Con todo, quizá alguno de nosotros haya hecho algo por Vos. Miradnos á todos, ¡oh Señor! como formando una comunidad, y lo que sólo sea obra de algunos, sea para todos meritorio.

3. ¡Oh Señor! ha llegado el fin. Conocemos nuestra frialdad y desaliento; no somos dignos de regocijarnos durante la Pascua, y con todo no podemos menos de hacerlo. Sentimos mayor alegría, nuestro gozo en Vos es más vivo de lo que nos permitiera nuestra pasada burlación; mas haced que esa misma alegría nos autorice á regocijarnos. Mostruos indulgente con nosotros, por los méritos de vuestra pasión, que todo lo pueden, y por los méritos de vuestros Santos. Miradnos como vuestro rebaño escogido, en días

estériles de buenas obras, en un país caldo, en una época en que tanto escasean la fe y el amor. Compadeceos de nosotros, preservadnos y dadnos vuestra paz.

¡Oh Salvador mio, ahora sepultado, mas para resucitar en breve! Vos habéis satisfecho la deuda, *consummatum est*—todo está consumado y afianzado.—Realizad en nosotros vuestra resurrección, y así como nos habéis rescatado, reclamadnos, apoderaos de nosotros y hacednos vuestros.

III

DIOS Y EL ALMA

(I)

DIOS, BIEN SUPREMO DEL ALMA

1. La felicidad, la única felicidad del alma inmortal, consiste en poseeros, ¡oh amador de las almas! La única dicha de la eternidad es gozar de vuestra vista. Ahora acaso me entretenga y distraiga con las vanidades de los sentidos y del tiempo: mas éstas no durarán para siempre. Nos veremos despojados de ellas cuando salgamos de este mundo. No son más que sombras que se desvanecerán un día. Entonces ¿qué haré? Sólo podré dirigirme al Dios Todopoderoso. Si cuando pienso en El no puedo hallar deleite alguno, ¿en quién podré

deleitarme? Por lo que á mí se refiere, Dios y mi alma serían los únicos seres existentes en el mundo entero. Él será todo para todos, tanto si quiero como si no. ¡Cuán angustiosa será, pues, mi situación si no le amo, y no hallo otro objeto de amor, si le vuelvo la cara, y Él me contempla continuamente!

2. Señor mío muy amado, ¿cómo me atrevo á decir que Vos seréis todo para todos, tanto si quiero como si no? ¿Acaso no lo deseo con todo mi corazón? ¿Quién, sino Vos, puede darme la felicidad? Si para siempre fuese dueño del tiempo y de mis sentidos, como lo soy actualmente, ¿por ventura no me hastiara de ellos en el decurso de los siglos, menos aun, de los años? Si este mundo existiese eternamente, ¿fuera capaz de satisfacer eternamente á mi alma? No hay cosa en la tierra de la cual no acabe por cansarme. Los ancianos no aman ya lo que amaron cuando jóvenes; todo está sujeto á un cambio constante. Tengo, pues, la seguridad de que llegaría un tiem-

po, más ó menos lejano, en el cual hubiera oprimido todos los placeres con que el mundo pudiera brindarme. Vos solo, Dios mío, podéis ser mi alimento por toda la eternidad. Vos solo podéis satisfacer el alma del hombre. Sin Vos la eternidad sería desdichada, aun cuando no nos infligieseis ningún castigo. Estar en vuestra presencia, contemplaros sin cesar he aquí lo único que no puede producir tedio y cansancio. Verdad es que sois inmutable; con todo, podremos continuamente descubrir en Vos nuevas profundidades gloriosísimas, nuevos y variados atributos; nuestra contemplación será una renovación continua, como si nunca os hubiésemos contemplado. En vuestra presencia hay torrentes de delicias; quien participa de ellas una vez ya no las deja más. He aquí mi verdadera herencia, ¡oh Señor! ahora y siempre.

3. Dios mío, ¡cuán poco se amoldan mis acciones á lo que conozco tan claramente! Fuerza es confesarlo, mi corazón corre tras sombras,

Prefiero la cosa más fútil á una íntima comunión con Vos. Y llevo á desear apartarme de Vos. A menudo hasta mis rezos me parecen enojosos. Apenas hay distracción á la cual no me entregue gustoso antes que recogerme y pensar en Vos. Dadme gracia, ¡oh Padre mio! á fin de que sienta honda vergüenza de mi frialdad. Disponed que no ande más perezoso y remiso, y que os deseé con todo mi corazón. Enseñadme á amar la meditación, la oración y la lectura de los libros sagrados. Enseñadme á amar lo que ha de embargar mi entendimiento por toda una eternidad.

(2)

JESUS CHRISTUS HERI ET HODIE:
IPSE ET IN SARCINA

*Jesucristo ayer y hoy, el mismo por
todos los siglos*

1. Todo cambia acá abajo. Lo repito y lo echo, ¡oh Señor! y lo recrearé

más aun á medida que mi vida avanza. A vuestra vista, soberano Señor, aparece manifiesto todo el porvenir de mi vida. Vos sabéis exactamente lo que me sucederá cada año, cada día de mi existencia, hasta que suene mi última hora. Y aun cuando desconozco lo que Vos estáis viendo, por lo que á mí se refiere, no obstante, sé que leéis en mi vida un cambio perpetuo. No habrá año que me deje tal como me encontró, interior ó exteriormente. No permaneceré en un estado determinado durante largo tiempo. Con toda seguridad acaecerán innumerables cosas inesperadas, repentinas, insoportables. Las desconozco; no sé cuánto tiempo he de vivir. Quiéralo ó no, me veo envuelto en perpetuo cambio. ¡Oh Dios mío, ¿en qué puedo descansar? No me atrevo á confiar en nada; más aun, creo que si confiase en algo de este mundo, por este hecho mismo aquel algo me sería arrebatado. Tengo la seguridad de que Vos me lo quitaríais, puesto que me amáis.

2. Todo, excepto Vos, ¡oh Señor!

está sujeto á mudanza; sólo Vos sois por siempre el mismo, el verdadero Dios del hombre, uno é inmutable. Vos sois el bien más raro y más precioso, el bien único; el bien más duradero, por añadidura. La criatura cambia, el Criador no cambia jamás. Y la criatura sólo puede detener su mudanza descansando en Vos. Los ángeles os contemplan, y en ellos hay paz; por esta razón su bienaventuranza es perfecta. Y no pueden perderla nunca, porque nunca pueden perderos. No sienten afán ni ansiedad alguna, porque aman al Creador; no á un ser sujeto á los límites del tiempo y de los sentidos, sino á «Jesucristo ayer y hoy, el mismo por todos los siglos».

3. ¡Oh Señor! mi único Dios, *Deus meus et omnia*, no permitáis jamás que corra tras las vanidades. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*. Todo son sombras y vanidad acá abajo. No permitáis que entregue mi corazón á nada de este mundo, y que nada me aleje de Vos; hacedme enteramente vuestro. Tomad

á vuestro divino cuidado este frágil corazón y esta cabeza enfermiza. Acercadme á Vos mañana, tarde y noche, cuando ansie consuelo. Sed la luz brillantísima que yo siga en busca del camino y de la paz. Haced que os ame, ¡oh Jesús Señor mío! con un afecto puro y ardentísimo. Haced que os ame con el fervor con el cual los hombres aman á las criaturas de la tierra, pero mucho mayor. Dadme aquella ternura y constancia en amaros tan alabadas de los hombres cuando el objeto de ellas es una cosa terrena. Dadme que en Vos halle y sienta mi única alegría, mi único refugio, mi única fuerza, mi único bienestar, mi única esperanza, mi único temor y mi amor único.

(3)

ACTO DE AMOR

1. ¡Oh Señor! yo creo, siento y sé que Vos sois el bien supremo. Y con esto quiero significar que sois,

no tan sólo la bondad y benevolencia supremas, mas también la belleza soberana y absoluta. Tengo el convencimiento de que vuestra creación, con toda su hermosura, no es más que polvo y ceniza de ningún valor comparada con Vos, que sois su Criador infinitamente más hermoso. Bien sé yo que si los ángeles y santos gozan de una felicidad tan perfecta, es porque gozan de vuestra vista. Sólo vislumbrar vuestra verdadera gloria, aun en este mundo, arrebató en éxtasis á los santos varones. Y yo mismo siento la verdad de todo esto, en la medida de que soy capaz, porque Vos misericordiosamente habéis tomado nuestra naturaleza como hombre y habéis venido hacia mí. *Et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti a Patre*—y vimos su gloria cual si fuese la gloria del Unigénito del Padre.—¡Oh Señor mío muy amado! cuanto más medito en vuestras palabras, acciones, trabajos y padecimientos relatados en el Evangelio, tanto mayor me aparece vuestra maravillosa gloria y hermosura.

2. Y puesto que os descubro tan hermoso, ¡oh Señor mío muy amado! yo os amo y desco amaros cada vez más y más. Puc tu que sois la bondad, la belleza y la gloria únicas en todo el mundo de los seres, y nada hay que se asemeje á Vos, sino que Vos sois infinitamente más bueno y glorioso que la más bella de las criaturas; yo os amo, por consiguiente, con un amor singular, con un amor único y supremo. Después de contemplaros, ¡oh Señor! todo me parece triste y obscuro. No hay cosa en la tierra, ni aun la más naturalmente querida, que pueda yo amar como á Vos. Preferiera perderlo todo antes que perderos. Porque Vos, ¡oh Señor! sois mi amor único y supremo.

3. Dios mío, Vos sabéis infinitamente mejor que yo cuán poco os amo. No os amaría, si no fuese por vuestra gracia. Vuestra gracia es la que ha abierto los ojos de mi entendimiento, dándoles la facultad de ver vuestra gloria. Vuestra gracia es la que ablandó mi corazón ha-

ciéndole sentir de tan maravillosa manera la influencia de lo que es bello y perfecto. ¿Cómo os puedo dejar de amar, ¡oh Dios mío! si no es por mi desdichada ceguera, que no me permite contemplaros? ¡Oh Señor! lo que está en torno mío, las cosas de la tierra, las cosas que naturalmente me son agradables, sin duda alguna impedirán que os vea, á no ser que me ayude vuestra gracia. Librad mis ojos, mis oídos, mi corazón, de tan humillante tiranía. Romped los lazos que me atan; levantad mi corazón. Haced que todo mi ser esté con Vos. No permitáis que me aparte jamás de vuestra vista; y mientras os contemplo, haced que mi amor vaya cada día en aumento.

IV

EL PECADO

(I)

CONTRA VOS SOLO HE PECADO

I. Vos, ¡oh Señor! después de existir durante toda una eternidad en inefable bienaventuranza, porque sois la perfección única, principiasteis á crear espíritus que habían de estar con Vos participando de vuestra gloria según su grado: mas ellos os manifestaron su agradecimiento rebelándose contra Vos. En primer lugar, los ángeles en gran número, más tarde los hombres, se levantaron contra Vos y sirvieron á otros. ¿Por qué nos creasteis, sino para hacernos felices? ¿Acaso podía aumentar vuestra felicidad creándonos? ¿Y podíamos no otros hallar

la felicidad fuera de vuestra obediencia? Con todo, nos empeñamos en ser dichosos, no según vuestros deseos, sino buscando una felicidad á nuestro autojo, y nos apartamos de Vos. ¡Oh Dios mío, así os pagamos, así os pago yo vuestros beneficios, cuando peccol ¡Oh negra ingratitud! ¿Cuál no será, pues, mi castigo por haber rehusado la felicidad y preferido el infierno al cielo? He aquí el castigo, he aquí vuestras palabras: «Dejadle andar según sus deseos. Quiere perecer; perezca, pues. Desprecia las gracias que le otorgo; ellas se convertirán en maldiciones.»

2. Vos, Dios mío, tenéis sobre mí derechos indiscutibles; soy enteramente vuestro. Vos sois el Criador omnipotente y yo soy vuestra criatura. Soy obra de vuestras manos y Vos sois mi dueño. Como el hacha ó el martillo que quisiesen levantarse contra quien los fabricó, así yo me levanto contra Vos. Nada me debéis; no tengo derechos con respecto á Vos y sí sólo deberes. A Vos debo mi vida, mi salud y los

beneficios que recibo á cada momento. No es mayor mi poder de ejercer la voluntad por lo que se refiere á mi vida, que el poder del hacha ó del martillo. Estoy sujeto á Vos mucho más que cualquier cosa de este mundo lo pueda estar á su posesor y dueño. El hijo no depende del padre para la continuación de su vida—la materia de que fué formada el hacha ya existía anteriormente, mas yo dependo enteramente de Vos; si un solo instante apartáis de mí vuestro aliento, perezco. Soy en absoluto propiedad vuestra y obra de vuestras manos; mi deber es servirlos.

3. ¡Oh Dios mío! confieso que hasta el presente he olvidado por completo estas cosas, y las estoy olvidando de continuo. He obrado muchas veces cual si fuera dueño de mí mismo, y me he alejado de Vos en actitud de rebelión. He obrado según mis gustos, mas no según vuestra voluntad. Y tal ha sido mi endurecimiento, que he llegado á no sentir como debiera la maldad de

mi conducta. No comprendo cuán espantoso es el pecado; no lo aborrezco ni temo como debiera; no me causa horror ni asco; no huyo de él indignado por ser un insulto contra Vos; sino que juego con él, y aun cuando no cometa graves culpas, no siento gran repugnancia en incurrir en pecados menores. ¡Oh Dios mío, cuán grande y tremenda es la diferencia entre lo que soy y lo que debiera ser!

(2)

CONTRA VOS SOLO HE PECADO

I. Dios mío, no me atrevo á ofender á ninguno de mis superiores en este mundo; ello me causa temor, porque sé que me verá envuelto en alguna complicación desagradable; no obstante, me atrevo á ofenderos. No ignoro que cuanto mayor es la persona ofendida, tanto más grave es la ofensa. Sin embargo, no temo ofenderos, á Vos que sois Dios infinito. ¡Oh amadísi-

mo Señor! ¿qué diría, qué opinión formarla de mí mismo si levantase la mano contra algún superior venerable en la tierra; si hacía violencia á alguna persona digna del mayor respeto, como un padre ó un sacerdote: si les abofetecaba? ¡Me horroriza pensar en semejante cosa! sin embargo, ¿qué es esto comparado con mi acción de levantar la mano contra Vos? ¿Acaso es otra cosa el pecado? Pecar es insultaros de la manera más grave que pueda concebirse. En esto, alma mía, consiste la enormidad del pecado. Es levantar la mano contra mi Bienhechor infinito, contra mi Criador, mi Conservador y mi Juez todopoderoso contra Aquel que es el centro de toda majestad, gloria, belleza, reverencia y santidad; contra el Dios único.

2. ¡Oh Dios mío! grande es mi confusión cuando pienso en el estado en que me hallo sumido. ¿Qué será de mí si os mostráis severo? ¿Qué es mi vida, misericordiosísimo Señor, más que una serie de ofensas,

graves ó leves, contra Vos? ¡Oh cuán grandes pecados cometi en otro tiempo y cuán continuamente sigo pecando en materias menos graves! Dios mío, ¿qué será de mí? ¿Cuál será más tarde mi situación, si quedo abandonado á mí mismo? Nada puedo hacer sino acercarme humildemente á Aquel á quien he ofendido é insultado en tan gran manera, y pedirle que me perdone la deuda que me agobia. ¡Oh Jesús mío, cuyo amor por mí fué tan grande, que os hizo bajar del cielo para salvarme! hacedme comprender mi pecado haced que vea su fealdad, haced que me arrepienta de él sinceramente y perdonadme con vuestra gran misericordia.

3. ¡Oh Salvador mío! yo os ruego que me rescatéis; únicamente vuestra gracia puede hacerlo. Yo solo no puedo salvarme; no puedo recuperar el terreno perdido; no puedo dirigirme á Vos; no puedo agradaros; ni sin Vos puedo salvar mi alma. Si no confío más que en mis fuerzas, andaré de mal en peor, me

alejaté de Vos por completo y me endureceré de tal modo que ya no sentiré ni olvido del deber. Ya no seréis Vos mi centro, sino yo mismo. Y si vuestra gracia no lo impide, ya no os adoraré á Vos, único Dios verdadero y mi Hacedor, sino que adoraré algún ídolo fabricado por mis manos. ¡Escuchadme, oh Señor! Harto tiempo he permanecido en este estado de indecisión, incertidumbre y descontento. Quiero servirlos fielmente; no quiero pecar más. Sed clemente conmigo, y dadme fuerzas para que en realidad sea cual debo ser.

(3)

EFFECTOS DEL PECADO

I. Señor, Vos sois el Dios de infinita misericordia. Amáis todas las cosas que habéis creado. Sois el amante de las almas. ¿Por qué, pues, ¡oh Señor! me hallo en un mundo tan miserable como este? ¿Es este el mundo que habéis creado, tan lleno

de penas y amarguras? ¿Hay uno solo de los hijos de Adán que viva sin padecer desde la cuna hasta el sepulcro? ¡Todo son inquietudes y desazones, dolencias y enfermedades, horribilas desgracias! Los hombres se ven acosados y abatidos por el dolor, la necesidad, el tumulto de las pasiones y un continuo temor y sobresalto. Terribles plagas asuelan continuamente la tierra: ¡la guerra, el hambre, la peste! ¿Por qué, oh Dios mío? ¿Por qué, alma mía? Medita y pregúntate: ¿por qué? ¿Ha cambiado Dios su propia naturaleza? ¿Cuánta maldad ha invadido la tierra!

2. ¡Oh Dios mío! sé perfectamente por qué existen todos esos males. No habéis cambiado vuestra naturaleza, mas el hombre ha destruido la suya. Hemos pecado, ¡oh Señor! y el pecado ha causado este cambio. Todos los males que veo y que me afligen son fruto del pecado. Si no hubiésemos incurrido en él, no hubieran existido. No son más que la primera parte del casti-

go del pecado. Son una imagen imperfecta y oscura de lo que es el pecado. El pecado es infinitamente peor que el hambre, la peste ó la guerra. Imaginemos la enfermedad más repugnante que inficione la sangre, y destruya y corrompa el cuerpo; descomponga la cabeza, el corazón, los pulmones, en fin, todos los órganos; afloje y quiebre los nervios; produzca dolores en todos los miembros; dé sed, inquietud, delirio —todo esto no es nada comparado con aquella terrible enfermedad del alma que llamamos pecado. Todo esto es efecto ó sombra del pecado, pero no es nada más. La causa misma es de naturaleza muy distinta, y de una malignidad muy diferente y mayor. ¡Oh Dios mío! dadme á entender la enormidad del mal bajo cuya tutela obro sin saberlo. Enseñadme lo que es el pecado.

3. Los más horribles dolores del cuerpo y del alma son frutos del pecado; pero no son nada comparados con su castigo en el otro mundo. Los padecimientos corporales

más agudos é intolerables nada son al lado del fuego del infierno; el horror y la ansiedad más terribles nada son al lado del gusano roedor de la conciencia. La pérdida de las riquezas, la traición de los amigos, el mayor abandono y soledad, nada son comparados con la pérdida del auxilio de Dios. El castigo eterno es la única medida verdadera de la culpa del pecado. Dios mío, os ruego encarecidamente que, abriendo mis ojos y mi corazón, me hagáis comprender que una atmósfera de muerte me rodea. Y no sólo esto, mas también, con vuestra gracia y misericordia, purificad aquel aire que respiro.

(4)

MAJDAJ DEL PECAJO

I. Dios mío, sé que creasteis el universo y lo creasteis perfecto; si esto es cierto, tratándose del mundo material, mucho más lo será en lo tocante al mundo de los seres ra-

cionales. Las innumerables estrellas que llenan el firmamento, los elementos que componen la tierra, siguen su curso y efectúan sus operaciones en perfecta armonía; pero mucho mayor fué la armonía que reinaba en el cielo cuando fueron criados los ángeles. En aquel primer momento de su existencia, los nueve coros observaban la unión más perfecta y ofrecían el más hermoso espectáculo; la creación del hombre debía continuar aquella armonía en una categoría diferente de seres criados. De pronto descubrióse en aquella red delicada y sutilísima un punto débil ó un desgarrón, el cual la fué deshaciendo hasta destruir una tercera parte; lullóse en el género humano una flaqueza análoga que atacó toda la raza. Este mal horrendo, que destruyó tan gran parte de las obras de Dios, es el pecado.

2. Dios mío, tal es á vuestro juicio el pecado; ¿qué es á juicio del mundo? Un mal insignificante, si es que llega á llamarle mal. A juicio del Criador, el pecado es lo que ha

echado á perder su obra espiritual; es un mal mayor que el desconcierto que pudiera sobrevenir en el curso de los astros del firmamento, ó que un nuevo advenimiento del caos. Pero el hombre, que es el único culpable, le da nombres atenuantes y busca explicaciones que aminoren su importancia. El mundo se rie del pecado y lo mira con indulgencia; muéstrase indignado cuando le dicen que es merecedor de eterno castigo, y antes que admitir esta sentencia opta por uegar al Dios que la dictó. El mundo pone al pecado al nivel de cualquiera imperfección, ó enfermedad, ó falta de educación ó de gusto. Alma mía, considera atentamente la gran diferencia que existe entre el punto de vista del mundo y el juicio de Dios omnipotente en lo tocante al pecado. ¿A quién crearás, á Dios ó al mundo?

3. Escoge, alma mía, entre la palabra de Dios y la del hombre. ¿Quién tiene razón: Dios ó la criatura? ¿Es el pecado el mayor ó el menor de todos los males posibles?

Señor y Salvador mío, no cabe duda alguna; creo que Vos sois la verdad misma y que todo hombre miente. Creo en Vos, más que en el mundo entero. Dios mío, imprimid en mi corazón el sentimiento de la infame monstruosidad del pecado. Enseñadme á aborrecerle como á la peste, como al fuego destructor, como á mi propia muerte. Haced que, armado contra él, me consagre á luchar bajo vuestra bandera hasta vencerle.

(5)

ENORMIDAD DEL PECADO

I. Señor, sé ciertamente que sois perfectísimo y nada necesitáis. Con todo, sé también que habéis querido tomar naturaleza humana, y no sólo esto, sino que habéis querido bajar á la tierra revestido de tal naturaleza, padecer toda clase de males y morir. He aquí un suceso que ha vestido de luto á los cielos y ha quitado á la tierra, bella como es, su luz y

su gloria. ¡Vinisteis á este mundo, amadísimo Señor, no para sufrir vulgares padecimientos, sino tormentos extremados y nunca vistos! El divino Señor sufrió las penas más crueles y variadas. Esta es la piedra angular del Eúvangelio: Jesucristo, Jesucristo crucificado. Así lo creo firmemente, ¡oh Señor! y lo confieso.

2. ¿Por qué esta extraña anomalía á la faz de la naturaleza? ¿Ha hecho Dios algo en vano? No, alma mia, es el pecado: es tu pecado el que hizo descender al Eterno á este mundo para que padeciese. De ahí deduzco cuán gran mal es el pecado. Sólo la muerte del Infinito pudo colmar su medida. Toda aquella lenta agonía de cuerpo y alma que sufrió desde que sudó sangre en el Inerto de Getsemani hasta su muerte, todos aquellos padecimientos fueron motivados por el pecado. ¿Qué clase de mal es éste que sólo puede ser atajado con semejante sacrificio y revocado á tal precio? Así entiendo cuán horroroso es el pecado. Es horroroso, porque por

él se acumuláron sobre los hombros todos los males que abundan en la tierra. Y es más horroroso aun, porque clavó al Hijo de Dios en el infame madero de la cruz.

3. ¡Oh Señor y Salvador mío! ¿cómo puedo tratar con ligereza de lo que tiene tales consecuencias? Quiero en lo sucesivo, con la ayuda de vuestra gracia, dar al pecado más importancia de la que le he concedido hasta ahora. Los necios hacen mofa del pecado, mas yo quiero considerarlo tal como es. ¡Oh Señor! yo soy quien os ha hecho padecer. Sois soberanamente hermoso en vuestra naturaleza eterna; sois soberanamente hermoso en vuestros padecimientos. No se oscurecen vuestros adorables atributos, antes bien, aumentan, cuando contemplamos vuestra humillación. Nos parecéis más hermoso que antes. Mas no quiero olvidar nunca que fué el pecado del hombre—mi pecado—el que hizo necesaria esa humillación. *Amor meus crucifixus est: tui Amor está crucificado*, por nadie más que

por mí. Yo os crucifiqué, ¡oh Salvador mío! mi pecado os crucificó. ¡Terrible pensamiento! No puedo deshacer lo que hice; á lo sumo puedo aborrecer lo que os hizo sufrir. ¿No lo haré así? ¿No amaré á mi Señor hasta el punto de odiar á tan gran enemigo suyo y romper todo trato con él? ¿No rechazaré por completo el pecado? Os suplico, ¡oh Señor! por el gran amor con que me amáis, que me deis luz y fuerza para obrar de este modo. Despertad en mi pecho un profundo é intenso odio al pecado.

(6)

ESCLAVITUD DEL PECADO

1. ¡Oh Señor y Dios mío! sólo Vos sois fuerte. Sólo Vos sois santo. Vos sois el *Sanctus Deus, Sanctus fortis*; Santo Dios, santo fuerte. Vos sois la santidad y la fuerza de todas las cosas. No hay criatura que tenga por sí consistencia ó apoyo; careciendo de vuestro sostén, todo

decae y se deshace. Dios mío, Vos sois la fortaleza de los ángeles, de los bienaventurados en la gloria, de los santos varones en la tierra. Sin Vos, ningún ser tiene fuerza ó santidad. Dios mío, como á tal quiero yo adoraros. Con todo mi corazón deseo comprender y confesar esta gran verdad: que no sólo sois el Omnipotente, mas también que fuera de Vos no hay poder, solidez ni fortaleza.

2. Dios mío, si sois la fortaleza de los espíritus, ¡cuán especialmente sois mi fortaleza! ¡Cuán cierto es—no hay cosa más cierta—que sólo en Vos hallo mi fuerza! Tengo, ¡oh Dios mío! la seguridad de que si quedo abandonado á mi mismo, en seguida me desvío del camino recto. Así como una piedra cae al suelo si nada la aguanta, así también mi corazón y mi espíritu caen sin remedio si Vos no los sostenéis. No podré andar si Vos no me tendéis vuestra diestra. Cuán extraño es, pero cuán cierto, que todas mis inclinaciones naturales me llevan

á la pereza, á los excesos, al olvido de la Religión, al descuido de las prácticas piadosas, al amor al mundo; pero no al amor á Vos, ó al amor á la santidad, ó al amor á una vida ordenada. Apruebo y alabo lo que no soy capaz de hacer. Mi corazón corre tras vanidades, y me encamina hacia la muerte, hacia la corrupción y disolución, lejos de Vos, *Deus immortalis*.

3. Dios uño, harta experiencia tengo de la dura esclavitud del pecado. Si os apartáis de mí, no me es dado sostenerme por más que lo desce, y vivo gobernado por el capricho, el orgullo, la sensualidad y el egoismo, los cuales cobran cada día mayor imperio sobre mí, hasta el punto de no poder resistirlos. El hombre viejo me domina de tal modo, que ya no soy más que un miserable esclavo. Reconozco como malas muchas cosas que no puedo dejar de hacer. Deploro amargamente mi esclavitud, pero no sé sacudir las cadenas que me atan. La tiranía del pecado es un enorme peso

que me aplasta: ¿cuándo trataré de libertarme? ¡Oh Señor, por vuestros méritos preciosísimos, por vuestra omnipotencia, os suplico me concedáis vida, santidad, fuerza! *Deus sanctus, santificadme; Deus fortis, fortakcedme; Deus immortalis, dadme perseverancia. Sanctus Deus, Sanctus fortis, Sanctus immortalis, miserere nobis.*

(7)

TODO PECADO TIENE SU CASTIGO

I. Todo lo veis y conocéis, ¡oh Señor! Vuestra mirada abarca todo el universo. Sois testigo presencial de todo suceso en cualquier lugar. Estáis siempre conmigo. Leéis todos mis pensamientos, escucháis todas mis palabras, presenciáis todas mis acciones. *Tu Deus qui vidisti me:* «Tú, Señor, que me has visto.» Toda acción, el menor gesto; toda palabra, cualquiera que sea su brevedad ó rapidez; todo pensamiento de mi corazón, por secreto, por pa-

sajero que sea, y aunque yo lo haya olvidado, Vos lo veis, ¡oh Señor! lo veis y tomáis nota de él. Tenéis un libro en el cual apuntáis cada uno de los días de mi vida. Yo olvido; Vos no podéis olvidar. Está recopilada toda la historia de mis pasados años y seguirá recopilándose hasta que muera; entonces, llenas ya todas sus hojas, el libro se cerrará, dándose por terrinado. *Quo ibo a Spiritu Tuo: &* ¿A dónde iré lejos de tu Espíritu? Estoy en absoluto en vuestras manos, ¡oh Señor!

2. Dios mio, ¡cuántas veces obro mal y cuán pocas obro con rectitud! ¡Cuán estériles son mis actos cotidianos! Todos mis pecados, ofensas y negligencias, no de un día determinado, sino los de cada uno de los días de mi vida, están escritos en vuestro libro. Y cada pecado, ofensa ó negligencia tiene un castigo especial y determinado. La lista de las penas va alargándose silenciosamente, pero de un modo inexorable. Así como el hombre pródigo se ve más agobiado cada día con

el peso creciente de su deuda, así me veo amenazado continuamente con un cúmulo de castigos que va en aumento. Olvido los pecados de mi infancia, de mi adolescencia, de mi juventud; mas todos están apuntados en aquel libro. En él se lee la historia completa de toda mi vida, que un día será leída á manera de acusación. Nada se descuida; todo queda consignado. ¡Oh alma mía, á qué riguroso examen te verás sometida! ¿Y cuál será el resultado? Me habré hecho merecedor del castigo de un sinnúmero de pecados—y para expiarlos seré llevado al Purgatorio. — ¿hasta cuándo? ¿Cuándo podré salir de aquel lugar? No, ciertamente, antes de haber satisfecho el último maravedí. ¿Será posible cancelar la deuda?

3. ¡Oh Señor mío, tened misericordia de mí! Abrigo la confianza de que habéis perdonado mis pecados, pero queda aún el castigo que merecen. Con todo vuestro amor por mí, y reconociéndome como hijo vuestro, me enviaréis al Purgatorio.

Allí se renovará el recuerdo de mis pecados y purgaré por ellos. Allí padeceré; mas en este mundo aun me es dado sentir un completo arrepentimiento. Aun puedo ahora hacer buenas obras, lucrar indulgencias, borrar la deuda. Vuestros santos, aunque aparecían sin pecado á los ojos de los hombres, en realidad tenían también que ajustar sus cuentas, y las ajustaron con las continuas pruebas á que se vieron sujetos acá abajo. No poseo sus méritos ni sus padecimientos. No tengo la seguridad de poder hacer tales actos de amor que me alcancen la remisión de la pena merecida por mis pecados. No puedo leer en el porvenir, sólo puedo confiar en vuestra misericordia infinita. ¡Oh amadísimo Señor, que de tan diversos modos os habéis mostrado clemente conmigo, apiadaos de mí! ¡Sed indulgente en medio de vuestra justicia!

EL PODER DE LA CRUZ

1. ¡Oh Dios mío! ¿quién pudiera imaginar por las solas luces naturales, que fuese uno de vuestros atributos rebajaros y llevar á cabo vuestros designios mediante vuestras propias penas y humillaciones? Hablais existido por toda la eternidad en un estado de incalce bienaventuranza. Bien podría yo haber entendido, ¡oh Dios mío! que cuando principiasteis á crear un mundo rodeándoos de vuestras criaturas, hubian de descubrirse en Vos nuevos atributos que no estaban anteriormente en ejercicio. No podiais desplegar vuestro poder cuando no existia cosa alguna sobre la cual pudieseis ejercerlo. Después de la Creación comenzasteis á mostrar vuestra maravillosa y pródiga pro-

videncia, vuestra fidelidad, vuestra solicitud incansable. Mas ¿quién pudiera imaginar que la creación del universo suponía y envolvía vuestra humillación? ¡Oh Dios inmenso y eterno, que quisisteis humillaros, que quisisteis revestiros de nuestra carne y sangre y ser levantado en el árbol de la cruz! Yo os alabo y glorifico con toda mi alma, porque habéis mostrado vuestro poder por medio de vuestros sufrimientos, mucho más que si hubiescis consumado vuestra obra sin ellos. Digno es de vuestra inmensidad sobrepujar y exceder á todos nuestros pensamientos.

2. ¡Oh Señor Jesús! yo creo y, con la ayuda de vuestra gracia, creeré y confesaré siempre, sabiendo que es cosa cierta y lo será hasta el fin del mundo, que ninguna empresa verdaderamente grande se lleva á cabo sin sufrimientos, sin humillaciones, y que, con la cooperación de éstos, todo es posible. Creo, ¡oh Dios mío! que la pobreza aventaja á la riqueza, el dolor al placer,

la obscuridad y el desprecio á la reputación, las injurias é ignominias á los honores. Dios mío, no os pido que amontonéis todas estas pruebas sobre mi cabeza, porque no sé si las podría resistir; pero, cuando menos, sea mi fortuna próspera ó adversa, creeré en la veracidad de lo que acabo de decir. Nunca haré caso de las riquezas, honores, poder ó reputación. Nunca pondré mi corazón en los éxitos y favores mundanos. Nunca ansiaré lo que los hombres llaman el premio de la vida. Ayudado por vuestra gracia, tendré siempre tu gran consideración á los que son despreciados ú olvidados, honraré á los pobres, respetaré á los que sufren, admiraré y veneraré á vuestros santos y confesores, y me uniré á ellos, á pesar del mundo.

3. Finalmente, ¡oh Señor mío muy amado! aunque soy tan débil que no me atrevo á pedir os el sufrimiento como don de vuestra mano, ni tengo fuerza para ello, quiero pedir os, cuando menos, la gracia de

acceptar resignadamente los padecimientos que vuestro amor y sabiduría se dignen enviarme. Cuando vengan el dolor, la angustia, la incertidumbre, el desengaño, el insulto, la calumnia, haced que sobreleve todas estas pruebas según vuestra voluntad, ¡oh Jesús mío! y como Vos me enseñasteis á sobrellevarlas. También prometo, con vuestra gracia, no ensalzarme nunca, ni buscar los lugares eminentes, ni solicitar las cosas de este mundo, ni creermé mejor que los demás. Deseo soportar humildemente las injurias, devolver bien por mal. Deseo rebajarme en todas las cosas y permanecer callado ante los malos tratos, aceptar con paciencia la prolongación de la aflicción ó de los padecimientos; todo esto por vuestro amor y por vuestra cruz sabiendo que de este modo seré merecedor de vuestras promesas en esta vida y en la vida futura.

VI

LA RESURRECCIÓN

(I)

LOS TEMPLOS DEL ESPÍRITU SANTO

1. Yo os adoro, ¡oh Verbo eterno! por haber llevado vuestra condescendencia hasta el punto de tomar no sólo una naturaleza creada, un alma ó un espíritu creados, sino también un cuerpo material. El Altísimo decretó de toda la eternidad que se reduciría á una cárcel creada. El que de toda la eternidad no fué más que un espíritu infinito é incompreensible, no sujeto á más ley que la de su grandeza trascendental, quiso unirse en la más íntima unión por toda la eternidad futura con lo que estaba sujeto á la condición de las cosas creadas. Se-

ñor, vuestra omnipotencia se sustenta por sí misma eternamente, mas sólo vuestra omnipotencia pudo autorizaros tan gran condescendencia sin mengua de vuestro poder. Vuestro cuerpo participa de vuestro poder, mas no os comunica su flaqueza. Por esta razón, Dios mío, vuestro cuerpo, destinado á la muerte, no pudo menos de resucitar, porque, siendo vuestro, no estuvo ni pudo estar nunca separado de Vos, ni siquiera en el sepulcro. Aun entonces aquel cuerpo fué vuestro y no estuvo sujeto á corrupción; no pudo quedar en poder de la muerte, porque lo habiais hecho vuestro de una manera maravillosa, y todo lo que es vuestro debe ser perfecto para siempre. Amadísimo Jesús, yo adoro vuestro santísimo Cuerpo, instrumento de nuestra redención.

2. ¡Oh Jesús! yo contemplo vuestro santísimo Cuerpo, y no lo aparto de mi vista, como prenda segura de mi resurrección. Aunque muera, como ciertamente he de morir, no moriré eternamente, porque también resu-

citaré. Los paganos, que no os conocían, creían que el cuerpo estaba formado de una materia vil y despreciable: creían que era la morada, la causa, la disculpa de todo mal moral. Cuando, levantando su pensamiento, pensaban en una vida futura, estaban persuadidos de que la destrucción del cuerpo era la condición necesaria para pasar á una existencia superior. Que el cuerpo fuese una parte real de su ser y que su restauración pudiese ser un privilegio, fué cosa que no pudo concebir su imaginación. Realmente, la inteligencia humana jamás pudo comprender, sin la Revelación, que lo que es, según nuestra experiencia, tan vil y degradado, tan animal, tan pecador, y nos hace semejantes á los brutos, y está lleno de corrupción y se reduce á polvo y ceniza, fuese por su naturaleza misma susceptible de tan elevado destino, y pudiese ser celeste é inmortal, sin dejar por esto de ser cuerpo. ¡Oh Señor! ¿quién sino Vos, que sois omnipotente, pudo obrar tal prodigio? No es de extrañar, pues, que

los sabios, según el mundo, que no creyeron en Vos, hiciesen mofa de vuestra resurrección. Mas yo, con vuestra gracia, recordaté siempre de cuán diferente modo me habéis enseñado, Vos, el mejor y más veraz de los maestros. ¡Oh Señor, que sois la verdad misma! sé ciertamente y creo con todo mi corazón que mi carne resucitará, y que por vil y miserable que sea actualmente, un día, si se ha hecho digna de ello, se alzará incorruptible y llena de gloria y hermosura. Así lo creo y, con vuestra gracia, lo creeré siempre firmemente.

3. ¡Oh Dios mío! enseñadme á vivir de una manera conforme á la gran dignidad y santidad del cuerpo material en que me hacéis habitar. Por esto, ¡oh Salvador mío! me acerco con tanta frecuencia y con tan vivos deseos á participar de vuestro Cuerpo y Sangre, á fin de que, mediante vuestra santidad inefable, pueda santificarme. ¡Oh Señor! escrito está que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo,

¿No veneraré, pues, el cuerpo que Vos alimentáis milagrosamente y en el cual habita vuestro Espíritu, igual á Vos mismo? ¡Oh Dios mío, qué fuisteis crucificado! *confige timore tuo carnes meas:* «traspasad mi carne con vuestro temor; crucificad mi alma y mi cuerpo en todo lo que tengan de pecador, y hacedme puro como Vos.

(2)

SÓLO DIOS HASTA

Respondiéndole Tomás y dijo: «Señor mío y Dios mío»

I. Yo os adoro juntamente con Tomás, ¡oh Dios mío! y si, como él, he cometido el pecado de incredulidad, también ahora es mayor mi adoración. Os adoro, porque sois el único que debe ser adorado; os adoro, porque vuestras humillaciones y los desprecios que recibisteis de los hombres, aumentan vuestra gloria más que cuando los ángeles os ado-

raron, *Deus meus et omnia*: ¡Dios mío y mi todo.* Posceros es poseerlo todo. ¡Oh Padre eterno! entregaos á mí. No osara dirigiros una petición tan atrevida, si Vos mismo no me hubieseis animado á formularla. Vos mismo la habéis puesto en mis labios; os habéis revestido de nuestra naturaleza, os habéis hecho hermano nuestro, habéis muerto como todos los hombres, pero con mucha mayor amargura, á fin de que, lejos de contemplaros á distancia, temblando de temor, pudiese acercarme á Vos confiadamente. Me habláis como hablasteis á Tomás, y me invitáis á tocar vuestras llagas con mis manos. Dios mío y mi todo, ¿qué otra cosa puedo decir aunque discorra por toda la eternidad? Cuando os poseo, mi corazón está lleno y rebosa abundantemente; sin Vos, nada soy: decaigo y perezco. ¡Oh Señor y Dios mío, Dios mío y mi todo! hacedme entrega de Vos mismo, que no quiero otra cosa alguna.

2. Tomás, acercándose á Vos,

tocó vuestras sagradas llagas. ¿Cuán-
 do llegará el día en que me será per-
 mitido besarlas de una manera real
 y visible? ¿Cuándo llegará el día en
 que, limpio de todo pecado é impu-
 reza, seré digno de acercarme á mi
 Dios Encarnado, en el Empíreo?
 ¿Cuándo, después de terminar la
 expiación, podré veros por vez pri-
 mera con mis propios ojos, contem-
 plar vuestro Cuerpo, mirar vuestros
 ojos y vuestros labios sin desfalle-
 cer, y postrarme de hinojos para
 besar vuestro pies, y ser recibido
 amorosamente en vuestros brazos?
 ¡Oh mi único amante, amante único
 de mi alma! quiero amaros desde
 ahora para amaros después. ¿Cuán-
 do llegará el día, el gran día sin fin,
 el día de la eternidad, en que seré
 tan distinto de lo que soy actual-
 mente, con mi cuerpo esclavo de
 la muerte, distraído y confundido
 como estoy con mil diversos pensa-
 mientos, uno solo de los cuales es
 suficiente para alejarme del ciclo?
 ¡Oh Señor! ¿cuándo llegará el día en
 que me habré despojado para siem-
 pre de mis pecados, mortales y ve-

niales, y compareceré ante vuestra presencia perfecto y aceptable, capaz de resistir vuestra mirada, sin deseos de ocultarme de vuestra vista, sin temer el examen purísimo de los Angeles y Arcángeles que se agolparán en torno mio?

3. Dios mio, aunque no merezco todavía veros y tocaros, con todo, me acercaré á Vos y deseare lo que no soy digno de poseer en su plenitud. ¡Oh Salvador mio, Vos sois mi único Dios, no quiero otro Señor! Reduciré á polvo los ídolos que os disputaban mi corazón; no quiero que reine en él más que Jesús crucificado. Emplearé mi vida en invocaros, en ofreceros á Vos, en contemplar vuestra imagen, en adoraros en vuestro santo sacrificio y en entregarme á Vos en la sagrada comunión.

LA PACIENCIA DE JESÚS

Videte manus meas, etc. Habetis aliquid quod manducetur?

Mirad mis manos, etc. ¿Tentis aquí algo de comer?

I. Yo os adoro, ¡oh Señor! por vuestra maravillosa paciencia y vuestra condescendencia tierna y compasiva. Los discípulos, á pesar de vuestra enseñanza y de vuestros milagros, dudaron de Vos cuando os vieron morir, y huyeron. No cobraron nuevo aliento, ni pensaron en vuestra promesa de resucitar al tercer día. No dieron crédito á la Magdalena ni á las otras santas mujeres que afirmaban haberos visto devuelto á la vida. No obstante, os presentasteis en medio de ellos, les enseñasteis vuestras llagas, se las hicisteis tocar, comisteis delante de ellos y les disteis vuestra paz. ¡Oh Jesús! no hay obstinación que pueda más que vuestro amor; no hay nú-

mero de caldas y reincidencias que venzan la paciencia y constancia de vuestra compasión. No sólo perdonáis siete veces, sino setenta veces siete. No hay aguas que puedan apagar la hoguera de vuestro amor. Y hasta el fin del mundo y en todo lugar, seréis paciente, sufrido, indulgente, misericordioso, aunque los pecadores os provoquen sin cesar; os compadeceréis de ellos, teniendo en cuenta su ignorancia; derramaréis sobre todos los hombres, sobre todos vuestros enemigos, los generosos raudales de vuestra gracia, sin interrupción hasta la hora de su muerte, porque bien sabéis de qué estamos formados; sabéis que no somos más que polvo.

2. Dios mío, ¿qué habéis hecho por mí? Los hombres dicen que vuestros juicios son severos y vuestros castigos excesivos. Por lo que á mí se refiere, fuerza es que confiese que para mí no han sido tales. Hablen otros á su antojo, que Vos les cubriréis de confusión en el día del juicio. Nada quiero saber de

ellos—ya ajustarán con Vos sus cuentas:—siento y sé ciertamente, y doy testimonio de ello, que me habéis tratado siempre con la mayor paciencia y misericordia. Habéis olvidado que me rebelé contra Vos. Continuamente me habéis prestado auxilio. He caído, y no me habéis rechazado. A pesar de todos mis pecados, todavía me amáis, me alentáis, me sostenéis, me dais fuerza, me colmáis de bendiciones y guiáis mis pasos. Menosprecio vuestra divina gracia, y me la concedéis con mayor abundancia. Os insulto, y, lejos de recordar la ofensa, seguís tratándome bondadosamente como si de nada tuviese que disculparme y mostrarme arrepentido, como si fuese vuestro mejor, más fiel, seguro y leal amigo. Más aun, tal es mi confianza en vuestro amor tan amable é indulgente, que no siento el temor que me debierais infundir. ¡Oh Salvador mío, cada día recibo una nueva prueba de vuestro amor insuperable y constante!

3. No permitáis, ¡oh Dios!

que mengüe vuestra paciencia á pesar de mis extravíos, de mi perversidad y de mi ingratitud. Ando muy despacio, pero voy caminando hacia el cielo; cuando menos así lo espero. Poniéndome ante vuestra presencia, yo, vil pecador, hago el firme propósito de salvar mi alma. Dadme tiempo para recoger mis pensamientos y hacer un esfuerzo eficaz. Quiero sacudir mi tibieza é indiferencia; quiero deponer mi obstinación y despertar de mi abatimiento; me levantaré y, cobrando nuevo gozo, andaré alumbrado por vuestra luz divina. En Vos sólo tendré contento y esperanza. Mas para ello dadme vuestra gracia; enviádmela, y con ella haré lo que pueda y Vos le imprimiréis mayor perfección. Y mis días serán felices en vuestra presencia, contemplando y adorando vuestras sagradas llagas.

VII

DIOS CON NOSOTROS

(I)

LA FAMILIARIDAD DE JESÚS

1. El Santo Bautista era nazareno, y se separó del mundo. Alejándose del mundo, se alzó contra él, y le habló desde la posición ventajosa que había adoptado, exhortándole al arrepentimiento. Todo Jerusalén fué al desierto á verle, y le contempló cara á cara. Mas en sus enseñanzas habla de uno que debía llegar á ellos y hablarles de muy diferente manera, sin distanciarse de nadie, ni manifestarse como hombre de más alta categoría, sino como hermano de su propia carne y sangre, como uno de tantos hermanos, sencillamente, co-

no individuo de la multitud mezclado entre las gentes; más aun, ese tal se hallaba ya con ellos. *Medius vestrum stetit, quem vos nescitis:* «Estuvo entre vosotros y no le conocisteis.» Aquel ser superior dábase á sí mismo el nombre de Hijo del hombre; con todo y ser el Altísimo, contentábase con ser considerado como simple miembro de la humanidad. El relato de San Juan y de los demás Evangelistas, aun cuando difieran tanto por su carácter, concuerdan de un modo muy notable en este punto. Dice el Bautista: «En medio de vosotros está uno á quien no conocéis.» Leemos después que habla claramente de Jesús, no á la muchedumbre, sino en la intimidad, á uno ó dos de sus discípulos, á los cuales autoriza más tarde para que vayan á encontrar á Jesús y le sigan. Por fin, Jesús principia á revelarse y á manifestar su gloria con milagros; pero ¿dónde? En una boda, en una de aquellas fiestas donde muy á menudo ocurrían ciertos excesos fomentados por el architrucelino. Y ¿cómo? Con-

virtiendo el agua en vino, instrumento de tales excesos. Asistía á aquella boda, no en calidad de maestro, sino como uno de tantos convidados y, por decirlo así, de un modo social, porque estaba en compañía de su Madre. Comparemos esto con lo que Jesús dice de sí mismo en el Evangelio según San Mateo: «Vino Juan, que ni comía ni bebía... Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: He aquí un hombre voraz y bebedor.» Juan pudo ser aborrecido, pero fué respetado; Jesús fué despreciado. Acerca del asombro que causó y de los malos tratos que recibió por parte de todos, véase también el Evangelio según San Marcos, cap. I, 22, 27, 37; cap. III, 21. Preséntase ya la objeción en el cap. II, 16. Debe haber sido éste un rasgo muy marcado del carácter y misión de Nuestro Señor para que dos Evangelistas, tan independientes en sus respectivas narraciones, lo hayan dejado consignado. El profeta Isaías había dicho lo mismo (cap. LIII).

2. Así fué, amadísimo Señor, por lo mucho que amáis la naturaleza humana que creasteis. No sólo nos amasteis como criaturas vuestras, obra de vuestras manos, sino como hombres. Amáis todo lo que habéis creado; pero amáis al hombre con un amor especialísimo. ¿Por qué? ¡oh Señor! ¿Qué tiene el hombre de superior á las demás criaturas? *Quid est homo, quod memineris eius?.. nusquam Angelos apprehendit.* «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?...» en ningún lugar llega á asemejarse á los ángeles. ¿Quién puede sondear la profundidad de vuestros consejos y decretos? Habéis amado al hombre más que á los ángeles, y en consecuencia, así como no os revestisteis de naturaleza angélica cuando obrasteis nuestra salvación, así tampoco os quisisteis mostrar en forma, capacidad ó oficio superior al curso ordinario de la vida humana; no como nazareno ni levita, no como monje ni solitario, no sólo como hombre perfecto, sino con la plenitud, regularidad y apostura de

la naturaleza humana que tanto amáis; no formado nuevamente de la tierra, ni con el cuerpo espiritual que ahora poseéis, sino con la misma carne caída en Adán con todas nuestras debilidades, con todos nuestros sentimientos é inclinaciones, excepción hecha del pecado.

3. Era digno de Vos, Dios inmenso, ejecutar de un modo acabado y amplísimo la obra para la cual os envió el Padre. No la hicisteis con mezquindad, y la magnitud de vuestro sacrificio os da gloria como Dios y nos da fuerza y consuelo como pecadores. Amadísimo Señor, sois más plenamente humano que el Bautista, que Juan, apóstol y evangelista, y que vuestra misma Madre dulcísima. Así como les sobrepujáis en el conocimiento divino del hombre, así también es mayor vuestra experiencia y conocimiento personal de su naturaleza. Sois mi hermano mayor. ¿Cómo podré temer; cómo no anhelaré que mi corazón descanse en quien posee tanta dulzura, tanta ternura, tanta ama-

bilidad, tanta sencillez, tanta humildad, tanta modestia? Aunque estéis ahora en el cielo, sois el mismo que en la tierra: Dios todopoderoso y al propio tiempo tierno infante, el Santo de los santos y á la vez ser humano y sensible.

(2)

JESÚS, DIOS OCULTO

Noli incredulus esse, sed fidelis

No seáis incrédulos, mas tened fe

I. O: adoro y reverencio, Dios mío, porque estáis oculto é invisible. O: adoro, y deseo vivir por la fe en lo que no veo; y teniendo en cuenta lo que soy, pobre desterrado, me parece que bastante es que me sea permitido adoraros de este modo, ¡oh Dios y salvador mío invisible! Sé que el pecado es el que me ha separado de Vos. Sé que el pecado es el que me ha acarreado esta ignorancia. Adán, antes de pecar, reci-

bla la visita de los ángeles, También los Santos, que viven cerca de Vos, tienen visiones y son llevados de diversas maneras á una percepción sensible de vuestra presencia. Pero ¿qué otra cosa le queda á un pecador como yo, más que el poseeros sin veros? ¡Ah! ¿no debiera regocijarme por el extremado favor y beneficio de poseeros en esta forma? El pecado es el que me obliga á vivir por la fe, como debo hacerlo; ¿no he de regocijarme con esta vida, oh Señor Dios mío? Veo y comprendo, ¡oh buen Jesús! que el único camino por el cual me aproximo á Vos en este mundo, es el de la fe—de la fe en lo que me habéis dicho,—y, lleno de gratitud, audo por este único camino que me habéis señalado.

2. ¡Oh Dios mío, abundantísimo en mercedes! mi estado actual y mi pecado me exigen que viva por la fe; mas Vos habéis bendecido tal género de vida. Habéis dicho que soy más bienaventurado si creo en Vos que si os veo. Hacedme par-

ticipante de tal bienaventuranza; dádmela por completo. Hacedme capaz de creer como si viese; haced que os tenga siempre presente delante mío, como si lo estuvieseis de un modo sensible y corporal. Haced que esté siempre en comunión con Vos, Dios mío, oculto, pero viviente. Vos estáis en lo más recóndito de mi corazón. Vos sois la vida de mi vida. Cada una de mis respiraciones, cada pensamiento de mi entendimiento, cada buen deseo de mi corazón, se debe á la presencia en mi interior del Dios invisible. Estáis en mí por la naturaleza y por la gracia. No os veo en el mundo material sino muy obscuramente; pero reconozco vuestra voz en mi conciencia íntima y, contestando á ella, os digo: Rabboni. ¡Permaneced siempre conmigo; y si siento la tentación de dejaros, Vos, Señor, no me dejéis!

3. ¡Oh amado Salvador mío; ojalá tuviese el derecho de pedir os licencia para reparar toda la impiedad del mundo y todos los insultos proferidos contra vuestro Nombre,

vuestro Verbo, vuestra Iglesia y el Sacramento de vuestro amor! Pero ¡ah! pesada es mi propia carga de incredulidad é ingratitud, que debo expiar. Estáis presente en el sacrificio de la Misa, estáis presente en el Tabernáculo, real y verdaderamente, en carne y sangre; y el mundo, no sólo no cree esta verdad consoladora, sino que hace mofa de ella. Nos avisasteis tiempo ha Vos mismo y por boca de los Apóstoles que os ocultaríais á la vista del mundo. La profecía se cumple ahora más que nunca; pero yo conozco lo que el mundo ignora. Aceptad mi homenaje, mi alabanza, mi adoración; suplid mis deficiencias. No puedo evitar los pecados del prójimo; pero, cuando menos, uno de los que habéis redimido se dirigirá á Vos y, alzando la voz, os glorificará. Cuanto más se burlen los hombres, mayor será mi fe en Vos, Dios de toda bondad, bondadosísimo Jesús, Dios de vida escondido, que no habéis hecho más que derramar sobre mí vuestros beneficios desde el momento en que principió mi existencia.

(3)

JESÚS, LUZ DEL ALMA

*Mane nobiscum, Domine, quoniam
advesperascit*

*Permaneced con nosotros, Señor,
porque va atardeciendo*

1. Os adoro, ¡oh Dios mío! como Luz única y verdadera. De eternidad á eternidad, antes de existir criatura alguna, cuando estabais solo—solo, mas no solitario, porque sois eternamente Tres en Uno,—habéis sido la Luz infuuta. Solamente Vos mismo podiais contemplaros. El Padre veía aquella Luz en el Hijo, y el Hijo en el Padre. Así como fuisteis en el principio, así sois también ahora. Vuestro esplendor increado, gloriosísimo y de infuuta belleza, está muy por encima de todas las criaturas. Vuestros atributos son como otros tantos colores diferentes y brillantes, tan perfectos en su gracia y pureza, que cada uno de

ellos compendia la única y sublime perfección. Lo creado no es más que sombra vuestra. Los ángeles, con todo su resplandor, no son más que pobres é indignas sombras vuestras. En vuestra presencia palidecen, se afean y se ajan. Tan débiles son, comparados con Vos, que no pueden siquiera miraros. El serafín más encumbrado vela su vista, proclamando con obras y palabras vuestra gloria inenarrable. Por lo que á mí se refiere, no puedo ni mirar el sol; mas ¿qué es éste sino un emblema vuestro, material y grosero? No podría siquiera contemplar un ángel: ¿cómo podré contemplaros y vivir? Si me hallase ante el resplandor de vuestra presencia, me marchitaría como la hierba de los campos. Amabilísimo Señor, ¿cómo me acercaré á Vos, tan glorioso? Y, no obstante, ¿acaso me podré resignar á permanecer lejos de Vos?

2. ¿Acaso me podré resignar á permanecer lejos de Vos? Porque Vos, que sois la Luz de los ángeles, sois la única Luz de mi alma. Alum-

bráis á todo hombre que viene á este mundo. Sin Vos, ando en tinieblas, en tinieblas como las del infierno. Cuando estáis lejos de mí, desfallezco y caigo. Sólo voy cobrando nueva vida á medida que amanezcáis en mi horizonte. Os acercáis y alejáis, según lo dispone vuestra voluntad. ¡Oh Dios mío, con mis solas fuerzas no puedo conservaros á mi lado! ¡Sólo puedo rogaros que no os alejéis de mí! *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.* Quedaos conmigo hasta que amanezca, y entonces no os vayáis sin darme vuestra bendición. Estad conmigo hasta la muerte en este obscuro valle, hasta que las tinieblas se desvanezcan. ¡Quedaos, oh Luz de mi alma, *jam advesperascit!* Rodéame la obscuridad, que no proviene de Vos. Nada soy; tengo muy poco imperio sobre mí; no puedo hacer lo que quisiera; me hallo triste y desconsolado; algo me falta, pero no sé qué. A Vos necesito, mas apenas acierto á comprenderlo. Lo afirmo y doy por sentado; lo entiendo en parte, pero de un modo

muy mezquino. Iluminadme, *O Ignis semper ardens et nunquam deficiens!*: «Oh fuego siempre ardiente que jamás mengua», y comenzaré, en vuestra Luz y por medio de ella, á ver la Luz y reconocer, verdaderamente como fuente de toda luz. *Mane nobiscum*: permaneced con nosotros, ¡oh dulcísimo Jesús! permaneced para siempre. En este estado de decaimiento de la naturaleza, aumentad vuestra gracia.

3. Quedaos conmigo, que así principiaré á brillar como Vos; brillaré de manera que llegue á ser una luz para los demás. Vos solo, ¡oh Jesús! seréis el origen de esa luz. No tendré en modo alguno luz propia; no tendré mérito que sea mío. Vos seréis quien brillará en mí para iluminar á otros. Yo os alabo, en la forma por Vos preferida, dando luz á cuantos me rodean. Dadles luz tanto como á mí; alumbradles valiéndoos de mí. Enseñadme á predicar vuestra alabanza, vuestra verdad, vuestra voluntad. Haced que os predique sin hablar, no con pala-

bras, sino con el ejemplo y con la influencia simpática, la fuerza irresistible de mis propias acciones, con mi visible parecido á vuestros Santos, y la evidente plenitud del amor á Vos que rebosc de mi corazón.

VIII

SÓLO DIOS BASTA

Ostende nobis Patrem et sufficit nobis... Philippe, qui videt Me, videt et Patrem.

Mostradnos al Padre, que esto nos basta... Felipe, el que me ve, ve también al Padre.

1. El Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo. ¡Oh adorable misterio de toda una eternidad! ¡Yo os adoro, oh Creador incomprensible, en cuya presencia soy un átomo que sólo cuenta un día ó una hora de vida! Retrocedamos unos cuantos años: sencillamente yo no existía y las cosas segulan su curso sin mí. Mas Vos existís de toda la eternidad, y nada podría subsistir un solo mo-

mento sin Vos. Y asimismo de toda la eternidad habéis poseído vuestra Naturaleza; habéis sido—¡oh insondable y glorioso misterio!—el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo. Tanto si existimos como sino, Vos sois siempre uno y el mismo, el Hijo igual al Padre, el Padre igual al Hijo; y todo lo demás por sí no es más que vanidad. Las cosas no han existido siempre y pudieran no haber llegado á existir; bastábale al Padre haber engendrado á su Hijo coigual y consubstancial, bastábale al Hijo estar en el seno del Padre Eterno. ¡Oh misterio inefable! La razón humana no me conduce á él; no obstante, yo creo. Creo, porque Vos, ¡oh Señor! habéis hablado. Lleno de gozo acepto lo que de Vos mismo me decís. Os conocéis, y nadie puede conoceros. No yo, ciertamente, que soy polvo y ceniza. Sólo sé lo que me queréis comunicar; acepto el testimonio que de Vos mismo me dais, ¡oh divino Creador! y creo firmemente y repito con Vos lo que no acierto á comprender; porque quiero vivir con la vida de

la fe, y prefiero la fe en Vos á la confianza en mí mismo.

2. ¡De toda eternidad os bastasteis, oh Dios inmenso! Al Padre bastábale el Hijo, y al Hijo el Padre: ¿quo me bastaréis, pues, Vos tan grande, á mí, pequeña y miserable criatura? Me bastan doblemente el Padre y el Hijo. Haré más las palabras de San Felipe, y diré: Mostrados al Padre, que esto nos basta. Nos basta, porque cuando os jo-æmos, estamos llenos hasta rebosar. ¡Oh Dios todopoderoso! fortalecedme con vuestra fuerza, consoladme con vuestra paz sempiterna, recreadme con la belleza de vuestra pre-æncia, iluminadme con vuestro resplandor increado, purificadme con la fragancia de vuestra santidad inefable. Bañadme en Vos, y dadme licencia, en la medida posible á un hombre mortal, para beber en los torrentes de la gracia, cuyas aguas proceden del Padre y del Hijo, de la gracia de vuestro amor consubstancial y coeterno.

3. ¡Oh Dios mio! haced que nunca olvide esta verdad: que no sólo sois mi vida, sino mi única vida. Sois el camino, la verdad y la vida. Sois mi vida y la vida de todos los que viven. Todos los hombres, todos mis amigos y conocidos, todos los que veo y encuentro, y todos aquellos de quienes he oído hablar, no viven, á no ser que vivan en Vos. O viven en Vos, ó no tienen vida. Nadie puede salvarse sin Vos. Haced que no lo olvide en medio de mis quehaceres cotidianos. Dadme un verdadero amor de las almas, de las almas por las cuales moristeis. Enseñadme á rogar por su conversión y á contribuir á la misma. Por capaces, amables, elevadas y nobles que sean, no podrán salvarse si no os poseen. ¡Oh Señor, que os bastáis, Vos solo sois suficiente á vuestras criaturas! Vuestra sangre basta para todo el mundo. Así como me bastáis, así también bastáis á todo el linaje de Adán. ¡Oh Señor Jesús, haced que vuestra cruz sea para el hombre más que suficiente y produzca su efecto! Haced que pro-

duzca su efecto en mí más que otra cosa alguna, para que no suceda que, teniéndolo todo abundantemente, no dé yo ningún fruto de perfección.

IX

DIOS NO SE MUDA

*Quo ego vado, non potes Me modo
sequi, sequeris autem postea.*

*Adonde yo voy, no puedes seguirme;
me seguirás sí, después.*

I. Vos solo, Dios mio, sois lo que siempre habéis sido. El hombre se muda; Vos sois inmutable. Más aún, hasta como hombre habéis sido siempre inmutable; porque Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por todos los siglos. Vuestra palabra subsiste en el cielo y en la tierra. Vuestros decretos son fijos; no revocáis vuestros dones. Vuestra naturaleza y atributos son los mismos eternamente. Dios es eternamente Padre, Hijo y Espíritu Santo. Os adoro en la paz y serenidad de vuestro ser inmutable. Os adoro en aquel

paraiso imperturbable, que sois Vos mismo. Desde un principio fuisteis perfecto; nada podíais ganar ni perder. No había cosa alguna capaz de conmoveros, porque no había cosa alguna que Vos no hubieseis creado y pudieseis destruir á voluntad. Os adoro en vuestra estabilidad infinita, que es el centro y sostén de todas las cosas creadas.

2. El hombre, por el contrario, está sujeto á mudanza perpetua. No pasa día que no me acerque al sepulcro. A todas edades, cualquiera que sea el número de mis años, continuamente voy acortando la distancia entre el tiempo y la eternidad. No ceso de cambiar. La juventud no es como la vejez; y voy pasando, mudando siempre, de la juventud hacia el fin de la vida. ¡Oh Dios mió! á medida que transcurre el tiempo, voy desbaciéndome y reduciéndome á mis primeros elementos. Mi alma ciertamente no puede morir, porque la habéis hecho inmortal; pero el cuerpo tiende continuamente hacia el polvo del cual salió. Todo cambia

bajo la capa del cielo; primavera, estío, otoño, se suceden sin interrupción. La fortuna del mundo es varia; abájase lo elevado, levántase lo humilde. La riqueza se desvanece, trocándose en miseria. Los amigos se convierten en enemigos, y los enemigos en amigos. Nuestros deseos, aspiraciones y planes cambian incessantemente. Nada hay estable más que Vos, ¡oh Dios mío! Y Vos sois el centro y la vida de todos los que cambian y confían en Vos como en un padre, y os contemplan y á Vos se entregan llenos de contento.

3. ¡Oh Dios mío! sé que debo cambiar si quiero ver vuestro rostro; debo someterme á la muerte. Cuerpo y alma morirán para este mundo. Mi ser real, mi alma, debe mudarse mediante una verdadera regeneración. Solamente los Santos pueden veros. A semejanza de Pedro, no puedo recibir ahora un beneficio del cual gozaré más adelante. «Adonde yo voy, no puedes seguirme; me seguirás, si, después.» Sostenedme con la gracia de vuestra inmu-

tabilidad durante mi grande, misteriosa y feliz mudanza. Mi inmutabilidad en este mundo consiste en la perseverancia mientras estoy sujeto á cambio. Haced que cada día me amolde según vuestro modelo y me vaya acercando á vuestra gloria, contemplándoos siempre y apoyándome en Vos. Yo sé, ¡oh Señor! que para ir á Vos es menester atravesar muchas pruebas, luchas y tentaciones. No sé lo que vendrá; mas sé una cosa: que si no estáis conmigo, mi cambio, en vez de mejorarme, empeorará mi situación. Cualquiera que sea mi condición, sea rico ó pobre, goce ó no de salud, tenga amigos ó carezca de ellos, todo será para mí mal si el Dios inmutable no me sostiene; todo será para mí bien si está conmigo Jesucristo, el mismo ayer y hoy y por todos los siglos.

X

DIOS ES AMOR

Dicele Jesús: ¿Me amas tú más que éstos?

1. Nos pedís que os amemos, ¡oh Dios mío! y Vos sois el mismo amor. El amor fué uno de los atributos que manifestasteis de toda la eternidad. No sabemos que ejercieseis vuestro poder mientras estabais solo; ni vuestra justicia mientras no existieron criaturas á quienes juzgar; ni vuestra sabiduría anteriormente á los actos y obras de vuestra Providencia; mas de toda la eternidad amasteis, porque no sólo sois Uno, sino Tres. El Padre amó eternamente á su Hijo unigénito, y el Hijo le correspondió con igual amor. Y el Espíritu Santo es aquel amor en substancia, con el cual el Padre y el Hijo se aman cu-

tre sí. Esta es, ¡oh Señor! vuestra bienaventuranza especial é inefable. ¡Yo os adoro, oh Amor mio infinito!

2. Y cuando nos hubisteis criado, entonces amasteis más aun, si esto es posible. Amasteis no sólo á Vos mismo en las distintas Personas de la Divinidad, sino también á vuestras criaturas. Fuisteis todo amor para nosotros, tanto como para Vos mismo. Amasteis al hombre más que á las demás criaturas. El amor es el que os hizo bajar del cielo y sujetar á las leyes de una naturaleza creada. El amor sólo pudo mover al Altísimo y hacerle descender de sus alturas. El amor infinito á los pecadores pudo hacerle morir. Y el amor sólo puede retenerle, aun después de su ascension á los cielos, en un pequeño sagrario y bajo formas comunes y de poco valor. *O Amor meus*, si no fueseis el Amor infinito, ¿quisierais acaso permanecer aquí un solo instante, preso y expuesto al desprecio, á la mofa y al insulto? ¡Oh Dios mio! yo no sé

qué significa lo infinito; mas comprendo una cosa: que amáis con una elevación y profundidad que en manera alguna me es dado medir.

3. Y ahora me pedis que, á mi vez, os ame, porque me habéis amado. Queréis que os ame muy especialmente, más que los otros, y me preguntáis: «¿Me amas tú más que éstos?» ¡Oh Dios mío! semejante pregunta debiera avergonzarme. Mas ¿acaso es cierto que os amo más que el común de las gentes? Gran parte de la humanidad realmente no os ama, y os aparta del pensamiento. No siente ningún agrado pensando en Vos; no tiene por Vos la menor inclinación; y, sin embargo, Vos queréis preguntarme si os amo un poco. ¿Por qué no siento por Vos un gran amor? ¿cómo puedo dejar de amaros, á Vos, que me habéis colocado tan cerca vuestro, á Vos, que me habéis escogido de un modo tan maravilloso, para hacerme muy especialmente hijo y siervo vuestro? ¿No tengo motivos para amaros más que otros, por más que todos debie-

raun amaros? No sé lo que habéis hecho por otros en particular, aunque sé que disteis la vida por todos; pero no ignoro los singulares beneficios que habéis derramado sobre mí. Tanto hacéis Vos por mí, ¡oh amor mío! que yo debiera amaros con todas mis fuerzas.

XI

SANTIDAD DE DIOS

1. Sois santo, ¡oh Señor! porque estáis separado infinitamente de todos menos de Vos mismo, y sois incommunicable. Os adoro, ¡oh Señor! por vuestra santidad y pureza eternas, y porque toda vuestra bienaventuranza proviene de Vos mismo y nada exterior os inmuta. Os adoro como infinitamente bienaventurado, mas poseyendo solamente en Vos mismo vuestra bienaventuranza. Os adoro por el perfecto y santísimo conocimiento de Vos mismo, según el cual concibo la generación del Verbo. Os adoro por aquel infinito y purísimo amor de Vos mismo, por el amor con que amáis á vuestro Hijo, por el amor con que éste os ama, según el cual concibo la procesión del Espíritu Santo; os adoro por aquella bienaventuranza que en Vos

mismo poseéis de toda la eternidad. Dios mío, yo no comprendo cosas tan celestiales. Empleo términos cuyo significado no puedo precisar; mas tengo por cierto lo que apenas puedo expresar con palabras.

2. Dios mío, os adoro por vuestra santidad interior y exterior. Os adoro tanto por la santidad manifestada en vuestra propia naturaleza; como por la santidad revelada en todas vuestras obras. Ninguna criatura puede aproximarse á vuestra santidad incomunicable, mas Vos os acercáis á las criaturas, las tocáis, abrazáis y poseéis; nada puede vivir más que en Vos y nada habéis creado que no sea bueno. Os adoro, porque habéis hecho cada cosa buena en su género. Os adoro, porque habéis infundido en todas las cosas vuestro poder que preserva y sostiene, creándolas de modo que puedan seguir viviendo aunque no las toquéis y no queden reducidas á la nada. Os adoro, porque habéis puesto en ellas un poder real y verdadero para que puedan obrar según Vos

y con Vos, pero al propio tiempo por sí mismos. Os adoro, porque habéis comunicado á vuestras criaturas racionales el poder de obrar rectamente y también vuestra divina gracia. Os adoro, porque creasteis al hombre justo y le disteis generosamente integridad de naturaleza, y le colmasteis con vuestra gracia, de modo que era un ángel en la tierra; y os adoro más aun, porque le habéis concedido nuevamente vuestra gracia con mucha más abundancia y frutos más duraderos, por medio de vuestro Hijo eterno Encarnado. ¡Oh Dios mío! en todas vuestras obras sois santo, y por ellas yo os adoro.

3. Sois santo en todas vuestras obras, ¡oh Señor! y si el pecado reina en el mundo, no es porque provenga de Vos: viene de un enemigo, viene de mí y de los de mi linaje. Sobre mí, sobre el hombre, recae toda la vergüenza; porque pudiéramos desear lo bueno y sólo queremos lo malo. Entre el Criador y la criatura se abre un inmenso abismo, no sólo por la diferencia de naturalezas,

mas también por la diferencia de voluntades. Vuestra voluntad es santa eternamente; ¿cómo, oh Señor, me atreveré á acercarme á Vos? ¿Para qué os busco? Con todo, debo ir á Vos: cuando muera, me llamaréis y juzgaréis. ¡Ay de mí, hombre de labios impuros que vive entre un pueblo sumido en la impureza! Vuestra cruz, ¡oh Señor! señala la distancia que me aleja de Vos, y al propio tiempo la horra. Muestra á la vez mis grandes culpas y vuestro horror al pecado. Enseñadme, amadísimo Señor, la doctrina de la cruz en toda su plenitud, á fin de que no sólo me haga comprender cuán separado estoy de Vos, mas también me comunique la virtud de vuestra reconciliación.

XII

LA ENSEÑANZA DE LOS CUARENTA DÍAS

(1)

EL REINO DE DIOS

1. ¡Oh Jesús mío! cuán maravillosas fueron aquellas conversaciones con vuestros discípulos, después de vuestra resurrección; cuando fuisteis á Emaús con dos de ellos y les explicasteis todas las profecías que á Vos hacían referencia; cuando disteis á los Apóstoles pleno conocimiento de vuestros Sacramentos y de las verdades que quisisteis revelar, y de los principios y máximas que hablan de sostener y gobernar á vuestra Iglesia; cuando les preparasteis para la Pentecostés que les habla de infundir vida é ilumina-

ción, así como los cuerpos vueltos á la vida fueron amoldados para recibir el Espíritu, en la visión del profeta. Quiero meditar con fe sencilla y verdadera todo lo que les dijisteis. El reino de Dios era el tema de vuestros discursos. Haced que ni un instante olvide que habéis establecido en la tierra vuestro reino, que la Iglesia es obra vuestra, por Vos fundada é instrumento del cual os valéis; que estamos sometidos á vuestras órdenes y á vuestras leyes, y que vuestra mirada nos vigila; que cuando habla la Iglesia Vos sois quien habláis. Haced que, familiarizado con tan maravillosa verdad, no me haga insensible á ella: no permitáis que la flaqueza de vuestros representantes en la tierra me lleve á olvidar que sois Vos quien habla y obra por ellos. Era justo que, al abandonar la tierra, dejaseis establecido hasta el fin del mundo este reino, haciendo vuestras veces, para que hablase por Vos, quedando como forma visible vuestra, cuando vuestra presencia personal, sensible al hombre, partía de este mundo.

Con verdadera y amorosa le pensaré en Vos, cuando enseñabais á los Apóstoles todas las verdades y leyes de vuestro reino, y os adoraré mientras con el pensamiento os contemple y escuche vuestras palabras.

2. Venid, amadísimo Señor, y enseñadme de igual manera. Sé ciertamente que las palabras de verdad comunicadas al principio á los Apóstoles han sido transmitidas de siglo en siglo, y me han sido ya enseñadas, siendo su garantía vuestra Iglesia infalible. Mas necesito — y os ruego me atendáis — que me enseñéis diariamente, según las circunstancias y necesidades del momento. Necesito que me deis aquel instinto divino en lo tocante á las materias reveladas, á fin de que, conociendo parte de las mismas, sea capaz de prever y aceptar otras. Necesito aquella comprensión de las verdades referentes á Vos mismo que me pueden preparar para conocer todas vuestras demás verdades, ó cuando menos pueden evitar que conjeture

erróneamente acerca de ellas ó las comente con falsedad. Necesito la inteligencia del Espíritu, que es la inteligencia de los Santos Padres y de la Iglesia, mediante la cual puedo no sólo afirmar lo que afirman, sino pensar lo que piensan; debo guardarme de todo pensamiento propio, que no encerrará verdad si me aparta de Vos. Concededme el don de distinguir entre lo verdadero y lo falso en todo discurso de mi inteligencia.

3. Y con tal fin, dadme, ¡oh Señor! aquella conciencia pura, la única que puede recibir vuestras inspiraciones y sacar provecho de ellas. Mis débiles oídos no pueden percibir vuestra voz; mis ojos ciegos no pueden ver vuestras señales. Vos solo podéis avivar mis oídos y aclarar mi vista, y limpiar y renovar mi corazón. Enseñadme á sentarme á vuestros pies, como María, y á escuchar vuestra palabra. Dadme aquella verdadera salud que consiste en buscar vuestra voluntad por medio de la oración y meditación, y

con una comunicación directa con Vos, más que con la lectura y la discusión. Dadme discernimiento para distinguir vuestra voz de entre otras voces extrañas, para confiar en ella y buscarla, ante todo, como algo exterior á mí mismo; y contestadme valiéndoos de mi propio entendimiento, siempre que os adore y descúbrase en Vos como en algo infinitamente superior á él.

(2)

RESIGNACIÓN Á LA VOLUNTAD DE DIOS

Quid ad te? Tu me sequere.

¿Qué te importa? Sígueme.

1. ¡Oh Dios mío! Vos y sólo Vos sois omnisciente. Conocéis y habéis decretado todo lo que nos sucederá desde un principio hasta el fin. Habéis ordenado todas las cosas sabiamente y conocéis cuál será mi suerte año tras año hasta que muera.

Sabéis cuánto tiempo me queda de vida. Sabéis cómo moriré. Todo lo habéis dispuesto minuciosamente, excepto el pecado. Todo acontecimiento de mi vida es bueno para mí, puesto que Vos lo habéis dispuesto. Vuestra maravillosa Providencia me guía en todas las circunstancias de mi vida, desde la infancia hasta la vejez, con la sabiduría más perfecta y con el más perfecto amor.

2. ¡Oh Señor, que vinisteis á este mundo para hacer la voluntad de vuestro Padre, y no la vuestra! dadme la más sencilla y absoluta sumisión á la voluntad del Padre y del Hijo. Creo, ¡oh Salvador mio! que Vos sabéis lo que más me conviene. Creo que me amáis mejor de lo que me amo á mí mismo, que vuestra Providencia es sapientísima y vuestra protección todopoderosa. Ignoro tanto, como lo ignoró Pedro, lo que me sucederá en tiempo venidero; pero me resigno por completo á mi ignorancia y os doy gracias con toda mi alma porque me habéis tomado á vuestro cuidado, y en vez

de cargarme con tan grave responsabilidad, me habéis invitado á ponerme en vuestras manos. Nada mejor puedo desear, sino que Vos veléis por mí y no yo mismo. Hago el firme propósito, ¡oh Señor! de seguir, con la ayuda de vuestra divina gracia, á dondequiera que vayáis, renunciando á guiar mis pasos á mi antojo. Os pediré que me guiéis, y os seguiré con sencillez y sin temor. Prometo no impacientarme si alguna vez queréis dejarme en las tinieblas y en la duda; no me quejaré ni me agitaré si me acaece algún contratiempo ó alguna desgracia.

3. Bien sé, ¡oh Señor! que por vuestra parte os acercaréis á mí, así como yo, por mi parte y mediante vuestra gracia, deseo acercarme á Vos. Bien sé que no podéis abandonar á los que os buscan ni defraudar las esperanzas de los que en Vos confían. Pero también sé que cuanto más solicite vuestra protección, tanto más segura y plenamente gozaré de ella. Por esto, os

pido y suplico con encarecimiento, en primer lugar, que me guardéis de mí mismo y de seguir otra voluntad que la vuestra. También os ruego que, con vuestra misericordia infinita, dulcificuéis vuestra voluntad por lo que á mi se refiere, á fin de que no sea severa, sino indulgente. No me visitéis, amorosísimo Señor—si me es licito dirigiros semejante súplica,—no me visitéis con las duras pruebas que sólo los Santos pueden resistir. Compadecedos de mi flaqueza, y enderezad mis pasos hacia el cielo por un camino tranquilo y seguro. De todos modos, en vuestras manos lo dejo, amadísimo Salvador—nada os regateo;—únicamente, si habéis de someterme á tribulaciones más rigurosas, dadme mayor gracia, inundadme con la plenitud de vuestra fuerza y consuelo, á fin de que no causen mi muerte, sino mi vida y salvación.

NUESTRO SEÑOR SE DESPIDE
DE SUS APÓSTOLES

I. Os adoro, ¡oh Dios mío! juntamente con vuestros Apóstoles, durante los cuarenta días que siguieron á vuestra resurrección. Tan dichoso fué aquel tiempo pasado en vuestra compañía, tan apacible y sin ninguna circunstancia exterior que lo turbase, que, al terminar, difícilmente podía concebirse cómo había transcurrido. ¡Cuán rápidamente debió deslizarse aquel primer *Tempus Paschale!* Los Apóstoles apenas sabían cuándo había de acabar; ó, cuando menos, no previeron su fin, y se entregaron al gozo del momento. ¡Oh tiempo de consolación! ¡Cuán gran contraste ofrecía con el que lo había precedido! Aquellos cuarenta días constituyeron su felicidad en la tierra; fueron una anticipación del cielo, ignorada y no interrumpida por el hombre. Gozaron de ella recogidos y absor-

tos, adorándoos y regocijándose en Vos, ¡oh Señor resucitado!

2. Mas vuestra ciencia, amadísimo Señor, superaba á la suya. Los Apóstoles esperaban y deseaban, acaso imaginaban, que aquel período de descanso, aquel *refrigerium*, no había de terminar hasta ser sustituido por algo mejor; mas Vos sablais, con vuestra sabiduría infinita, que para llegar á algo superior á toda la felicidad que á la sazón poseían, era conveniente, más aun, era necesario que arrostrasen la tribulación y el dolor. Bien sablais que el Paráclito no podía descender sobre ellos hasta después de vuestra partida; y por esto partisteis, á fin de que ganasen más con vuestra dolorosa ausencia que con vuestras visitaciones sensibles. Yo adoro al Padre, por habernos enviado á su Hijo y al Espíritu Santo. Yo adoro al Hijo y al Espíritu Santo, porque quisieron ser enviados á este mundo.

3. ¡Oh Dios mío! haz que nun-

ca olvide que los tiempos de consuelo son un refrigerio y nada más; no nuestro estado definitivo. Sólo lo serán en el cielo. Aquí sirven únicamente como preparación para la acción y para el dolor. Yo os ruego, ¡oh Dios mió! que me los concedáis de vez en cuando. Derramad sobre mí la suavidad de vuestra presencia, á fin de que no desfallezca en mi peregrinación; á fin de que mis deberes religiosos no se me hagan pesados y con mi suma flaqueza no abandone la oración y meditación; á fin de que no desampañe mis obligaciones cotidianas con espíritu de sequedad, ni tenga la tentación de hallar gusto en ellas por sí mismas y no por amor á Vos. Enviadme de vez en cuando vuestras divinas consolaciones; mas no permitáis que confie en ellas en demasía. Haced que surtan en mí los efectos para los cuales Vos me las concedéis. Si se alejan de mí, haced que no me alarme ni me abata por ello. Haced que fomenten en mí el pensamiento y el deseo del cielo.

LOS CAMINOS DE DIOS NO SON
LOS NUESTROS

Quia hæc locutus sum vobis, tristitia implevit cor vestrum. Sed ego veritatem dico vobis. Expediit vobis.

Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad. Así os concione.

I. ¡Oh Salvador míos os adoro por vuestra sabiduría infinita, que ve lo que nosotros no vemos y ordena todas las cosas del modo más perfecto. Cuando dijisteis á los Apóstoles que ibais á dejarlo; prorrumpiéron en exclamaciones como si, por decirlo así, les hubieseis sido infiel. Parecía como si dijeseu: «¡Oh Jesús! todo lo dejamos por ti. Abandonamos casa y familia, padre y esposa, amigos y vecinos, hábitos y ocupaciones para seguirte. Nos separamos del mundo

ó, mejor dicho, hemos muerto para el mundo, á fin de poder estar unidos eternamente y vivir contigo. ¡Y ahora nos dices que nos dejas! ¿Es esto razonable? ¿es esto justo? ¿es esta tu fidelidad á lo que nos prometiste? ¿es este el premio que merecemos? Te adoramos, ¡oh Señor Jesús! pero estamos confundidos y no sabemos qué decir.»

2. Mas, véase cómo Dios es todo verdad y cómo todo hombre niente. Dejemos triunfar el Verbo divino en nuestros entendimientos, por encima de todo argumento y persuasión de las apariencias sensibles. Dejemos que gobierne la fe y no la vista. Ya estáis justificado cuando sois perseguido, ¡oh Señor! y tenéis ganada la causa antes de ser juzgado. Sabiais que la verdadera manera de poseeros era perderos. Sabiais que lo que el hombre necesita más que nada y en primer término, no es un gula visible —aunque verdad es que también lo necesita,—sino un consejero íntimo, interior, invisible. Querfais curarle

radicalmente y no de un modo superficial; no sólo renovar la fachada, sino remover y destruir las raíces más hondas del mal. Os propusisteis visitar su alma, y quisisteis ausentaros corporalmente con el fin de volver á él en espíritu. Por consiguiente, no permanecisteis con los Apóstoles, como durante vuestra vida mortal, sino que bajasteis á ellos y morasteis con ellos para siempre con una comunión mucho más estrecha y verdadera, con la veuida del Espíritu Santo.

3. ¡Oh Dios mío! en vuestra presencia confieso mi suma debilidad, y me lamento de ella, porque desconfío, si no de Vos, cuando menos de vuestros siervos y representantes cuando las cosas no se cumplen á medida de mis deseos ó esperanzas. Me habéis propuesto á San Felipe, obra maestra de vuestra gracia, como modelo y patrono; ha hecho por mí grandes cosas, y de muchas maneras ha cumplido sobradamente lo que pudo prometerme. Mas, porque en algunas cosas

ha defraudado mis esperanzas y ha obrado con dilaciones, he sentido por mi parte alguna impaciencia; y le he servido, aunque no con manifiesta deslealtad, sí con frialdad y descontento. ¡Oh amadísimo Señor, dadme fe generosa en Vos y en vuestros siervos!

XIII

LA ASCENSIÓN

(I)

SUBIÓ

1. Señor, yo os sigo al cielo; á medida que os eleváis, mi corazón y mi entendimiento van subiendo con Vos. No hubo jamás triunfo semejante á éste. Aparecisteis como tierno niño en el portal de Belén. La carne que tomasteis de la Virgen Santísima, no existía antes de que formaseis de ella vuestro Cuerpo; era una obra nueva de vuestras manos. Y también era nueva vuestra alma, creada por vuestra omnipotencia en el momento en que entrasteis en las entrañas virginales de María. Aquella alma y aquel cuerpo purísimos, que adoptasteis como

vestidura vuestra, principiaron á existir en la tierra y no habían existido anteriormente en otro lugar. Éste es vuestro triunfo. La tierra se eleva hasta el cielo. Y en vuestra ascensión, veo aquel cuerpo que estuvo clavado en la cruz, aquellas manos y aquellos pies traspasados por los clavos, aquel costado abierto, subiendo al cielo. Los ángeles se sienten llenos de júbilo; las huestes de espíritus bienaventurados que pueblan los espacios gloriosos se dividen como las aguas para dejaros paso; el pavimento viviente de los palacios de Dios se quiebra en dos partes; y los querubines, con sus espadas de fuego, constituidos en muralla del cielo contra el hombre caído, abren sus filas á fin de que Vos podáis entrar acompañado de vuestros Santos. ¡Oh día memorable!

2. ¡Oh día memorable! Tal lo consideraron los Apóstoles, una vez llegado, aunque lo comprendían de tan diferente modo antes de su advenimiento. Lo temían, á medida

que se iba acercando, no pudiendo menos de pensar que iban á quedar desamparados; mas leemos que, después de la ascensión, regresaron á Jerusalén con gran júbilo. Comprendían ya que aquel era un día de triunfo; comprendían cuán débiles se habían mostrado murmurando de su Señor y Maestro, el caudillo victorioso de su salvación, el más sazonado fruto de la familia humana, que había llevado á cabo la coronación de su gran obra. La ascensión era el triunfo del hombre redimido; era el complemento de su redención. Era el último acto que afianzaba los precedentes, puesto que el hombre entraba realmente en el cielo y comenzaba á disfrutar de su herencia. La raza pecadora tenía ya en el Empleo á uno de sus hijos, en su propia carne y sangre, en la persona del Hijo eterno. ¡Oh maravillosa unión entre el cielo y la tierra! Principió en la aflicción; mas ya pasaron los duros trabajos de aquel misterioso día de bodas; comenzó el banquete, y celebróse á un tiempo el matrimonio y el naci-

miento; el hombre volvió á nacer cuando Jesús entró en el cielo.

3. ¡Oh Emmanuel, oh Dios revestido de nuestra carne! también nosotros esperamos seguirlos, ayudados por vuestra gracia. Y nos asiremos á la orla de vuestras vestiduras, porque sin Vos no podemos subir. ¡Oh Emanuel, cuál será nuestro gozo el día en que entremos en el cielo! ¡Oh éxtasis inenarrable, después de la tribulación pasada! ¡Vos solo sois fuerte! *Tenuisti manum dexteram meam: et in voluntate tua deduxisti me, et cum gloria suscepisti me. Quid enim mihi est in coelo, et a Te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum; Deus cordis mei, et pars mea Deus in aeternum.* «Tú me asiste de la mano derecha y guíasteme según tu voluntad, y me acogiste con gloria. Y, ciertamente, ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti? Mi carne y mi corazón desfallecieron: ¡oh Dios de mi corazón, Dios, que eres la herencia mía, por toda la eternidad!»

ASCENDIT IN COELUM

Subió á los cielos

1. Mi Señor ha subido al cielo. Os adoro, Hijo de María, Jesús Emanuel, Dios y Salvador mío, Os adoro, Salvador y Hermano mío, porque sois Dios. Yo sigo con el pensamiento al que es el más sazonado fruto de la familia humana, esperando el día en que pueda, con su gracia, seguirle con mi persona. Ir al cielo es ir á Dios. Allí está Dios, sólo Dios; porque allí hay dicha perfecta y nada más; y nadie puede ser feliz si no se baña, oculta y queda envuelto en la gloria de su Naturaleza divina. Todas las criaturas bienaventuradas no son más que el ropaje del Altísimo, con que se ha revestido para siempre y que resplandece con su luz increada. Hay muchas cosas en la tierra, y cada una de ellas es su propio centro; mas en el cielo sólo se pronuncia un nombre:

el nombre de Dios. Dios es la verdadera vida sobrenatural; y si en la tierra quiero participar de la vida sobrenatural del cielo y alcanzarla, no he de hacer más que una cosa, á saber: vivir con el pensamiento fijo en Dios. Enseñadme, ¡oh Dios mió! á poner en práctica esta resolución; dadme para ello vuestra gracia sobrenatural; haced que mi razón, mis afectos, mis intenciones, mis aspiraciones, estén penetradas y dominadas por el amor á Vos, sumidas y absorbidas en vuestra visión.

2. Sólo hay un nombre y un pensamiento en el cielo; muchos son los pensamientos acá en la tierra. La vida terrena que conduce á la muerte, consiste en la prosecución de los innumerables objetos y fines, beneficios y diversiones tras los cuales corre la humanidad. Ni siquiera lo que es bueno en la tierra lleva al cielo; estropéase al ser adquirido; se deshace con el uso; no tiene vigor, entereza, consistencia. Se convierte en mal antes de cesar y aun antes de comenzar á ser un

bien. No es más que vanidad, cuando no es cosa peor. Generalmente hay en él el germen del pecado. Dios mío, así lo reconozco. Señor Jesús, creo y confieso que Vos solo sois veraz, bueno y hermoso. Vos solo podéis comunicarme resplandor y gloria, y conducirme al cielo. Vos sois, y sólo Vos, el camino, la verdad y la vida. La tierra no puede llevarme al cielo. Sólo Vos sois el camino; sólo Vos.

3. Dios mío, ¿dudaré un solo instante en escoger el camino que he de seguir? ¿No iré en seguida á Vos? Sino ¿á quién iré? Vos pronuciáis las palabras de vida eterna. Vinisteis al mundo con el propósito de hacer por mí lo que nadie más acá abajo podía llevar á cabo. Únicamente el que está en el cielo puede llevarme á él. ¿Cuento con fuerza propia para escalar tan escarpado monte? Aunque sirva fielmente al mundo, aunque cumpla mis deberes según el lenguaje mundano, ¿qué hará el mundo por mí, por más que quiera ayudarme? Aunque desempe-

ñe perfectamente el cargo que ocupo, aunque haga el bien á mis semejantes, aunque tenga buen nombre y reputación universal aunque sea celebrado por mis heroicas hazañas, aunque me haga merecedor del elogio de la historia: ¿acaso todo esto me llevará al cielo? A Vos escojo por herencia, ¡oh Dios mío! porque Vos vivís y no podéis morir. Desecho todos los ídolos, y me entrego á Vos. Os suplico que me caséis, me guicéis, me deis fuerza y me acójáis en vuestro seno.

(3)

NUESTRO ABOGADO EN EL CIELO

I. Os adoro, ¡oh Señor mío! como es de justicia, porque habéis subido al cielo para ser allí mi abogado que defienda mis intereses. Ya tengo á quita hablar por mí ante el Señor de todo lo creado. En este mundo, cuando tenemos entre manos algún negocio importante, nos ponemos bajo la protección de personajes

poterosos; conocemos el valor de sus influencias y hacemos gran caso de sus promesas. Sois omnipotente, y ejercéis vuestra omnipotencia en mi favor. La raza humana se compone de millones de hombres; por todos disteis la vida; mas vivís especialmente para vuestro pueblo escogido; y vivís de un modo más maravilloso aun para las almas que habéis predestinado. Habéis grabado sus nombres en las palmas de vuestras manos y las tenéis delante de Vos eternamente. Contáis todas sus acciones; las conocéis una por una; les conferís la realeza en este mundo; y cuando hayan completado el número que habéis fijado, el mundo acabará.

2. Por lo que á mí se refiere, me habéis escogido para participar actualmente de vuestra gracia, y de este modo me habéis encaminado hacia la gloria futura. Sé perfectamente que, cualesquiera que sean vuestros secretos designios sobre mí, será sencilla, entera y realmente culpa mía si mi nombre no está es-

erito en vuestro libro. No puedo comprenderos; mas puedo comprender de mí lo bastante para tener la seguridad de lo que digo. Me habéis concedido tales ventajas, que puede decirse que e toy tocando el premio. Si me hallo ya ahora en compañía de Angeles y Santos, triste cosa será que no pueda unir mis intereses á los suyos, á fin de que esta comunidad de capital sea permanente. Los mundanos saben aprovechar semejantes coyunturas en pro de sus propios negocios. Si me habéis dado por Madre á María, que lo es también vuestra, ¡oh Dios mió! ¿no puedo, desde luego, y por decirlo así, estrechar en ella los lazos de familia, á fin de que un día no me rechace y desconozca? Si tengo el derecho de rezar é invocarla, ¿no puedo de este modo asegurar hasta el fin mi perseverancia, que no merezco, y que es el signo que me asegura la predestinación? En mis manos están todos los medios para alcanzar lo que no poseo, y tengo la seguridad de ello, aun cuando no pueda afirmar con certidumbre que lo alcanzaré.

3. ¡Oh Señor! siento profundo remordimiento y disgusto de mí, y casi caigo en la desesperación, por no haber hecho ningún caso de los medios que habéis puesto en mis manos, dejando que las cosas siguiesen su curso; como si vuestra gracia me hubiese de llevar infaliblemente á la gloria sin el menor esfuerzo de mi parte. ¿Qué puedo decir, ¡oh Salvador mío! sino que me veo esclavizado por la costumbre, que soy débil, desvalido, raquítico, pusilánime, como si hubiese de andar á semejanza de las criaturas inferiores, baja la cabeza, mirando al suelo, valiéndome de pies y manos, ó arrastrándome, en lugar de permanecer erguido y mirando al cielo? Dadme lo que necesito: contrición por mis pecados veniales, descuidos y negligencias, cuyo número es infinito, los cuales son señal segurísima de que no me cuento entre el número de vuestros predestinados. ¿Quién puede salvarme de mí mismo, sino Vos?

NUESTRO ABOGADO EN EL CIELO

1. No me es dado escudriñar vuestros decretos ocultos, ¡oh Señor! Sé que verdaderamente disteis vuestra vida por los hombres; mas puesto que no habéis querido de un modo explícito la salvación de todos, y puesto que pudierais haber manifestado abiertamente vuestra voluntad, es cosa cierta que hacéis por unos lo que no hacéis por otros. No puedo decir cuál sea vuestro designio eterno respecto á mí; mas, si sé interpretar todas las señales que habéis impreso en mí, abrijo la esperanza de ser uno de aquellos cuyos nombres están escritos en vuestro libro. Pero creo y siento sinceramente—y tengo la persuasión de que todos los hombres se hallan en igual caso—que si no alcanzo la corona que está á mi vista y puedo tocar con las manos, mía es toda la culpa. Desde la infancia me habéis colmado de mercedes; os habéis des-

velado por mí como si fuese para Vos de alguna importancia, y como si al perder yo el cielo, me perdiereis Vos á mí. Me habéis guiado con vuestra misericordiosísima Providencia; me habéis acercado á Vos con la más estrecha intimidad; me habéis conducido á vuestra casa y hecho entrar en vuestra habitación; me habéis alimentado con vuestra propia carne y sangre. Bien sé, ¡oh Señor! que me amáis con un amor real, verdadero, substancial, eficaz, en la más plena acepción de la palabra. Estáis continuamente dispuesto á derramar sobre mí vuestros beneficios y bendiciones. Estáis siempre esperando que os invoque solicitando vuestra misericordia.

2. Si, ¡oh Señor! deseáis que os llame para pedirlos, y estáis siempre atento á mi voz. No hay cosa que de Vos no me sea dado alcanzar. Fuerza es que confiese haberme olvidado tristemente de este gran privilegio. Enorme es mi culpa. ¡He jugado con los dones más preciosos; he jugado con la facultad de dispo-

ner de la omnipotencia! ¡Cuán remiso ando en rogaros por mis necesidades, y cuán poco he pensado en las del prójimo! ¡Cuán raras veces os he expuesto las necesidades del mundo, de vuestra Iglesia! ¡Cuán pocas gracias particulares os he pedido y cuán poco he solicitado vuestro auxilio en mis quehaceres cotidianos! ¡Cuán escasas súplicas os he dirigido intercediendo por alguna persona determinada! ¡En cuán contadas ocasiones he acompañado mis acciones y empresas, buenas en sí mismas, con plegarias que solicites de Vos ayuda y bendición!

3. ¡Oh Señor Jesús! quiero aprovechar el tiempo, antes no sea tarde para rezar, una vez haya terminado mi vida. No se puede orar en el sepulcro, ni merecer en el Purgatorio. Por insignificante que aparezca ante vuestra presencia soberana, hallo mi fortaleza en Vos, en vuestra Madre inmaculada, en vuestros Santos; y así puedo hacer mucho en pro de la Iglesia, del mundo y de todos los que vivo. ¡No caiga sobre mi cabeza

la sangre de las almas! No permitáis que ande entregado á mi capricho sin pensar en Vos. Haced que os consulte todas mis acciones, os pida permiso para todo lo que me proponga ejecutar, y solicite vuestra bendición en todas las circunstancias de mi vida. No daré un paso sin Vos. Hacia Vos elevaré mi corazón; y jamás olvidaré que sois mi abogado ante el trono del Altísimo. Así como el reloj de sol se rige por el astro que lo ilumina, así quiero yo que Vos me gobernéis desde lo alto, si es que os dignáis tomarme á vuestro cuidado y dirigirme. Así sea, ¡oh Jesús mío! que yo me entrego enteramente á Vos.

NIV

EL PARÁCLITO

(I)

EL ESPÍRITU SANTO, VIDA DE TODAS LAS COSAS

I. Os adoro, ¡oh Señor y Dios miol eterno Paráclito, coigual con el Padre y con el Hijo. Os adoro como Vida de todo lo viviente. Por Vos se ordena y subsiste todo el universo material, el cual permanece en su lugar y prosigue sus revoluciones internas observando el orden y reciprocidad de sus diferentes partes. Por Vos vino á existir la tierra en su presente estado, y en los días de la creación fué convertida en morada propia para el hombre. Por Vos todos los árboles, hierbas y frutos se desarrollan y sazo

nan. Por Vos viene la primavera tras el invierno y renueva todas las cosas. Aquel maravilloso, espléndido é irresistible renacimiento á la vida á pesar de todos los obstáculos, aquel misterioso triunfo de la naturaleza, no es más que vuestra gloriosa presencia. Por Vos todas las especies de animales viven sobre la haz de la tierra, respirando el aire que les dáis. Sois la vida de toda la creación, ¡oh Paráclito eterno! y lo que decimos del mundo material y animal, puede aplicarse mucho más al mundo de los espíritus. Por Vos, Señor todopoderoso, los Angeles y Santos cantan vuestras alabanzas en el cielo. Por Vos nuestras almas muertas renacen para servirnos. De Vos proviene todo buen pensamiento y deseo, todo buen propósito, todo esíuerzo loable, todo éxito satisfactorio. Por Vos conviértense en santos los pecadores. Por Vos cobra la Iglesia nuevo ánimo y vigor, emprenden los héroes sus hazañas y andan los mártires gozosos al suplicio. Por Vos se crean nuevas órdenes religiosas y prácti-

cas devotas, súmanse á la fe nuevas naciones y recibe el credo de los Apóstoles nuevas ilustraciones y confirmaciones. Os alabo y adoro, soberano Señor y Dios Espíritu Santo.

2. Os adoro, ¡oh Señor! por lo que habéis hecho por mi alma. Reconozco y siento no sólo como materia de fe, sino por propia experiencia, que sin Vos no puedo tener un buen pensamiento ni hacer una buena acción. Sé que si trato de obrar bien contando con mis solas fuerzas, con toda seguridad el éxito no coronará mi obra. Amarga es mi experiencia. Dios mío, sólo soy salvo cuando dirigís sobre mí vuestro aliento; si lo retiráis, acto seguido mis tres enemigos mortales se apoderan de mí y me vencen. Soy frágil y quebradizo, y sin Vos nada puedo. En cuanto dejáis de operar en mí, languidezco, me desmayo y caigo. Vos solo sois la causa y la fuente inagotable de mis buenos deseos, cualesquiera que sean, de mis propósitos, aspiraciones, in-

clinaciones, hábitos, tentativas y éxitos. No tengo más que lo recibido, y confieso ahora ante vuestra presencia, soberano Pariclito, que nada poseo de que pueda gloriarme y que sólo tengo motivos de humillación.

3. ¡Oh amadísimo Señor! grande ha sido vuestra misericordia para conmigo. Durante mi juventud persisteis en mi corazón una especial devoción á Vos. Me hicisteis vuestro cuando joven, y no me abandonáis en mi vejez. No por mérito propio, sino por libre dignación de vuestro amor, me infundisteis buenas resoluciones en mis primeros años, y quisisteis hacerme vuestro. Jamás me abandonaréis, así lo espero; jamás, ciertamente, sin violenta provocación por mi parte. Espero y ruego que me libréis de ella. Guardadme de la frialdad y negligencia. ¡Oh amadísimo Señor! Levadme adelante é infundidme mayor fuerza, con dulzura, suavidad, ternura y amor, poderosa y eficazmente, teniendo en cuenta mi flaqueza é in-

paciencia, hasta que me hagáis entrar en vuestro reino celestial.

(2)

EL ESPÍRITU SANTO, VIDA
DE LA IGLESIA

1. Os adoro, oh Señor, tercera Persona de la Santísima Trinidad! porque habéis puesto en este mundo pecador una gran luz sobre un monte. Habéis fundado la Iglesia, la habéis establecido y conservado. Continuamente la colmáis de vuestros dones, á fin de que los hombres vean, se acerquen, coman y vivan. De este modo habéis traído el cielo á la tierra. Porque habéis formado una gran comunidad que los ángeles visitan bajando por aquella escalera columbrada por el Patriarca en su visión. Con vuestra presencia habéis reunido la comunión entre el Dios de las alturas y el hombre acá en la tierra. Le habéis dado aquella luz de la gracia, que es la luz de la gloria y su priu-

cipio. Os adoro y alabo por vuestra infinita misericordia para con nosotros, ¡oh Señor y Dios mío!

2. Os adoro, ¡oh Señor omnipotente, Espíritu Santo Paráclito! porque, con infinita compasión, me habéis llevado á vuestra Iglesia, obra de vuestro poder sobrenatural. No tenia mayores derechos que el resto de la humanidad para pretender de Vos un favor tan maravilloso. Muchos hombres eran mejores que yo por naturaleza, poseian cualidades naturales mucho más agradables y estaban menos manchados por el pecado. Con todo, vuestro amor inescrutable me escogió y me hizo entrar en vuestro redil. Vos tenéis siempre motivos para obrar como lo hacéis. Sé que por alguna razón sapientísima, como decimos en nuestra lengua humana, me escogisteis á mí y no á otro; mas sé que tal razón fué algo independiente de mí. No hice nada para ser digno de semejante beneficio; muy al contrario, hice cuanto pude para contrariar vuestro propósito. Así, pues,

todo lo debo á vuestra gracia. Hubiera vivido y muerto sumido en las tinieblas y en el pecado; hubiera crecido mi maldad á medida que se hubiese prolongado mi vida; hubiera acabado odiándoos y abjurándoos, á Vos, fuente de mi felicidad; hubiérame hecho cada día más merecedor del infierno, y en él hubiera caído á la postre, á no ser por vuestro amor incomprendible. ¡Oh Dios mío! aquel amor irresistible me cautivó. ¿Hubo infancia tan impía como la mía, durante algunos años? ¿No os di motivos para que descargaseis sobre mí vuestra ira? ¡Ah, cuánto luché para librarme de Vos! Mas Vos sois el más fuerte, y prevalecisteis. Nada me cabe añadir, y si sólo postrarme en adoración ante el piélago insondable de vuestro amor.

3. Y con el tiempo, pausadamente, pero de un modo infalible, la gracia me llevó al seno de vuestra Iglesia. ¡Oh Señor! Concededme ahora por añadidura la merced de emplear bien aquella gracia á fin de que sea eficaz para mi salvación. Enseñad-

me y obligadme á que me acerque continuamente á las fuentes de la misericordia con un espíritu despierto y anhelante y con vivísima devoción. Haced que ame vuestros Sacramentos y Mandamientos. Enseñadme á apreciar como debo el valor de la perla preciosísima del perdón que no os cansáis de concederme, y el don soberano y celestial de la presencia en el altar de aquel cuyo Espíritu sois Vos, á quien invoco. Sin Vos nada puedo, y Vos estáis donde está vuestra Iglesia y donde están vuestros Sacramentos. Dadme gracia para descansar en ellos por siempre, hasta que se pierdan en la gloria con que os manifestaréis en el mundo venidero.

(3)

MI ESPÍRITU SANTO, VIDA
DE MI ALMA

I. Dios mío, os adoro, porque habéis tomado sobre Vos el peso de los pecados de los hombres, de los

que no sólo no pueden serviros de algo, sino que continuamente os ofenden y profanan. Habéis querido ejercer el cargo de representante de los pecadores que no solicitaban de Vos tan gran favor. Os adoro por vuestra incomprendible condescendencia en querer representarme. Sé y comprendo, Dios mío, que podiais haberme dejado abandonado á mi mismo, siguiendo obstinada y presuntuosamente el camino que me había de llevar al infierno. Podiais haberme dejado en mi estado de enemistad con Vos, que es en sí muerte y nada más. Al cabo hubiera muerto eternamente, y á nadie más que á mi pudiera echar en cara mi suerte. Mas Vos, Padre eterno, os habéis mostrado más que yo mismo bondadoso conmigo. Habéis derramado sobre mí abundantemente vuestra gracia, y por ella vivo.

2. Os adoro, Dios mío, eterno Paráclito, luz y vida de mi alma. Podiais no haber hecho más que darme buenas inspiraciones, y gracia y auxilio exteriores. Podiais con-

ducirme adelante, purificándome con vuestra virtud interior al pasar de este mundo al mundo venidero. Mas, infinitamente compasivo, desde un principio penetrasteis en mi alma y habitasteis en ella, haciéndola templo vuestro. Moráis en mí por vuestra gracia de un modo inefable, uniéndome á Vos y á vuestros Angeles y Santos. Más aun: como han afirmado algunos, estáis presente en mí, no sólo por vuestra gracia, sino por vuestra eterna substancia, como si, sin perder por ello mi personalidad, estaviese en cierto modo absorbido en Dios aun acá abajo. Más aun: como si hubieseis querido ser dueño de mi cuerpo, envoltura terrena, carnal y miserable, mi propio cuerpo es templo vuestro. ¡Oh verdad sorprendente y pavorosa! Así lo creo; así lo afirmo, Dios mío.

3. Dios mío, ¿pecaré todavía sabiendo que estáis unido á mí tan íntimamente? ¿Podré olvidar quién está conmigo, quién mora en mí? ¿Rechazaré á tan divino Huésped

con lo único que aborrece más que cosa alguna, con lo único en el mundo que le ofende, con la única cosa que no es obra suya? ¿No sería éste una clase de pecado contra el Espíritu Santo? Dios mío, tengo una doble garantía contra el pecado: la primera es el temor de profanar indignamente el inmenso beneficio de vuestra divina presencia; la segunda es la confianza en que vuestra presencia misma me preservará del pecado. Dios mío, si pecco os alejaréis de mí, y quedaré abandonado á mis propias fuerzas. ¡No lo permita Dios! Haré buen uso de vuestros dones, y os invocaré en la prueba y en la tentación. Me esforzaré en no caer en la tibieza y negligencia que tan frecuentemente se apoderan de mí. Con vuestro auxilio no os abandonaré.

EL ESPÍRITU SANTO, FUENTE
DE AMOR

1. Dios mío, os adoro como tercera persona de la Santísima Trinidad, con el nombre y atributos del amor. Sois el amor viviente, con el cual se aman entre sí el Padre y el Hijo; y sois el autor del amor sobrenatural que arde en nuestros corazones: *flans vivus, ignis, charitas*. En forma de lenguas de fuego descendisteis del cielo el día de Pentecostés; y como fuego quemáis y destruis en nuestro corazón la inmundicia del pecado y de la vanidad, y encendéis en él la pura llama de la devoción y del afecto. Vos sois quien unis el cielo y la tierra, enseñándonos la gloria y belleza de la Naturaleza divina y haciéndonos amar lo que es en sí mismo tan elevado y atrayente. Os adoro, Fuego increado y sempiterno, por el cual viven nuestras almas y solamente por el cual se hacen dignas del cielo.

2. ¡Oh Espíritu Santo Paráclito! os reconozco como dador de aquel gran don, único que puede salvarnos: el amor sobrenatural. El hombre es por naturaleza ciego y de corazón empedernido para las cosas espirituales: ¿cómo podrá alcanzar el cielo? Con el fuego de vuestra gracia, que le consume para renovarle y hacerle digno de gozar lo que sin Vos no deseara. Vos sois, Espíritu todopoderoso, el que ha sido y es la fortaleza, el vigor y la resistencia de los mártires en medio de los tormentos. Vos sois el sostén del confesor en sus trabajos largos, pesados y humillantes. Vos sois el fuego con el cual el predicador gana las almas, olvidándose de sí mismo en sus labores apostólicas. Vos nos despertáis del letargo del pecado para que troquemos la idolatría de la criatura por el puro amor al Creador. Vos nos inspiráis actos de fe, esperanza, caridad y contrición. Por Vos vivimos en la atmósfera emponzoñada de la tierra, librándonos de su contagio. Por Vos podemos consagrarnos al sagrado ministerio y

cumplir las graves obligaciones inherentes al mismo. Por el fuego que habéis encendido en nuestros corazones, oramos, meditamos y hacemos penitencia. Así como nuestros cuerpos no podrían vivir si el sol se apagaba para siempre, así tampoco pueden vivir sin Vos nuestras almas.

3. ¡Oh divino Señor y Santificador! vuestro es lo que haya de bueno en mí. Sin Vos no haría más que andar de mal en peor á medida que transcurriese el tiempo, y llegaría á asemejarme á un demonio. Si en algo difiero del mundo, es porque Vos me habéis escogido de entre las cosas del mundo y encendido el amor á Dios en mi pecho. Si difiero de vuestros Santos, es porque no os pido con bastante encarecimiento vuestra gracia — la abundancia de vuestra gracia — y porque no sé aprovecharme con diligencia de lo que me habéis concedido. Aumentad en mí la gracia del amor, á pesar de toda mi indignidad, que es don más precioso que cualquiera otra

cosa de este mundo. Lo acepto en vez de todo lo que el mundo pueda ofrecerme. ¡Dádmelo! Es mi única vida.

EL SANTO SACRIFICIO

(I)

LA MISA

I. Os adoro, Señor Dios mío, con la más profunda reverencia por vuestra Pasión y Muerte en la Cruz, sufridas en expiación por nuestros pecados. Vuestra alma, que no podía pecar, se vió asaltada por padecimientos incommunicables. Vuestro cuerpo inocente fué víctima de tormentos ignominiosos, de pena y vergüenza unidas. Despojado de vuestras vestiduras, fuisteis flagelado sin piedad, estremeciéndose vuestro sagrado Cuerpo bajo los duros azotes, como el árbol doblegado por el huracán. Así destrozado, fuisteis clavado desnudo en la Cruz,

expuesto á la vista del pueblo, temblando y agonizando. ¿Qué significa todo esto, oh Dios omnipotente? ¿Qué profundidades oculta que no podemos imaginar? Dios uno, sé ciertamente que hubierais podido salvarnos con una sola palabra vuestra, sin someteros á tales padecimientos; no obstante, quisisteis comprarnos con el precio de vuestra Sangre. Os contemplo, ¡oh Víctima inmolada en el Calvario! y reconozco y confieso que con vuestra muerte expiasteis los pecados del mundo entero. Creo y sé que sólo Vos podiais sumar los suficientes méritos; porque fué vuestra Naturaleza divina la que dió valor á vuestros sufrimientos. Antes, pues, que dejarnos padecer como merecíamos, quisisteis ser clavado en el árbol de la cruz y allí morir.

2. Semejante sacrificio no debía ser olvidado. No era—no podía ser—uno de tantos acontecimientos en la historia del mundo, el cual, una vez consumado, habla de desaparecer, quedando solamente consigna-

dos sus efectos oscuros y dudosos. Si aquella gran hazaña fué tal como creemos—tal como sabemos que acaeció,—debe ser considerada como presente, aunque pasada; debe ser de actualidad en todo tiempo y lugar. Así nos lo demuestra nuestra reflexión; por consiguiente, cuando se nos dice que Vos, Señor, aun cuando hayáis ascendido á la gloria, habéis renovado y perpetuado vuestro sacrificio hasta el fin de los siglos, esta noticia no sólo nos conmueve y llena de gozo, porque nos atestigua cuánta es la ternura de nuestro Señor y Salvador, mas también lleva un pleno asentimiento y conformidad de nuestra razón. Aunque jamás nos hubiéramos atrevido á anticipar la declaración de tan maravillosa doctrina, no obstante, al hablársenos de ella, la acatamos por ser tan adecuada á vuestras perfecciones y al propio tiempo por ser para nosotros infinitamente consoladora. Si, divino Señor, aunque hayáis salido de este mundo, y aunque ya no podáis padecer y morir, sois cada día la víctima ofrecida en el santo

sacrificio de la misa, y os sujetáis á la estrechez y rebajamiento, á fin de podernos colmar de vuestras misericordias. Os humilláis diariamente; porque, siendo infinito, no podéis terminar vuestras humillaciones mientras existiesen aquellos por quienes os sujetasteis á ellas. Y de este modo fuisteis Sacerdote sempiterno.

3. Señor, yo me ofrezco á mi vez en sacrificio de acción de gracias. Habéis muerto por mí, y ahora yo me ofrezco á Vos. Ya no me pertenezco. Me habéis comprado; con mi voluntad y con mis actos quiero ratificar la venta. Descó vivamente separarme de todo lo de este mundo; lavarme de todo pecado; rechazar hasta lo inocente, si, usándolo por lo que vale, no lo refiero á Vos. Renuncio á la reputación, á los honores, influencias y poderío; porque mi alabanza y mi fuerza estarán en Vos. Haced, ¡oh Señor! que pueda realizar mis propósitos.

LA SAGRADA COMUNIÓN

1. Dios mío, ¿en quién podéis habitar más que en los que son puros y santos? Los pecadores pueden acercarse á Vos; mas Vos ¿á quién os acercaréis más que á los que estén santificados? Dios mío, os adoro, porque sois el Santo de los santos; cuando bajasteis á la tierra quisisteis tener una santa morada en las purísimas entrañas de María Santísima. En ellas asentasteis vuestra especial habitación. María no os recibió sin estar debidamente preparada: porque desde el primer momento de su existencia estuvo llena de vuestra gracia, de tal manera que jamás conoció el pecado. Y así fué creciendo en gracia y méritos, hasta que llegó el tiempo en que enviasteis á vuestro Arcángel para significarla vuestra presencia en su seno; tal debe ser de santa la morada del Altísimo. Yo os adoro y glorifico,

Señor Dios mío, por vuestra gran santidad.

2. Dios mío, vuestra morada debe ser santa, y, no obstante, queréis habitar en mi corazón. Señor y Salvador mío, venís á mí ocultándoos bajo las apariencias de cosas terrenales, estando sin embargo, presente en vuestra propia carne y sangre, que tomasteis de María. Vos, que quisisteis habitar en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima, queréis venir á mí. Dios mío, me veis; mas yo no puedo verme. Aun cuando yo pudiese ser mi propio juez, recto y justiciero, con todo, por mi naturaleza misma, no pudiera considerarme y conocerme de un modo completo y verdadero. Mas Vos, viniendo á mí, me contempláis. Cuando digo: *Domine, non sum dignus*: Señor, yo no soy digno, Vos solo, á quien me dirijo, comprendéis todo el significado de mis palabras. Veis cuán indigno soy, miserable pecador, de recibir al Dios de toda santidad, á quien adoran temblando los serafines. Veis no so-

lamente las manchas y cicatrices de mis pecados pasados, mas también las mutilaciones, las llagas vivas y las dolencias crónicas que han dejado en mi alma. Veis los innumerables pecados actuales, aunque no mortales, presentes y pujantes, su culpabilidad y las penas que acarrearán consigo. Veis todos mis malos hábitos, mis innobles principios, mis pensamientos torcidos é ilegítimos, mis innumerables flaquezas y miserias; y, no obstante, venís á mí. Veis con cuán poca sinceridad estoy hablando en estos momentos, y, no obstante, venís á mí. Dios mío, abandonado á mis propias fuerzas, perecería bajo el esplendor soberano y el fuego devorador de vuestra majestad. Hacedme digno de llevaros en mi pecho; no sea que deba exclamar con Pedro: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador!»

3. Dios mío, Vos solo podéis hacerme digno de llevaros en mi pecho. Limpiad mi corazón y mi entendimiento de todo lo pasado. Borrads en mí todo recuerdo de lo malo. Cu-

rad la debilidad, la languidez, los achaques, la irritabilidad de mi alma. Hacedme percibir con verdad las cosas invisibles, y haced que realmente, de un modo práctico y en todos los detalles de la vida, os prefiera á cualquier cosa de la tierra, y tenga en mayor estima la vida futura á la presente. Infundidme valor, el verdadero instinto para discernir entre el bien y el mal, humildad en todas las cosas y un amor á Vos tierno y anhelante.

(3)

EL ALIMENTO DEL ALMA

Sitivil in Te anima mea.

Mi alma ha estado sedienta de Vos.

1. In Vos viven todas las cosas, ¡oh Señor! Vos las alimentáis. *Oculi omnium in Te sperant*: «Los ojos de todos los hombres esperan en tí» A las bestias del campo dais comida y bebida. Su vida se prolonga día

tras día porque todos los días proveéis á su subsistencia. Y si no lo hacéis, al instante tienen conciencia de su desdicha. La naturaleza da testimonio de esta gran verdad, porque los seres animados sienten grandes padecimientos, rugen y andan forzosamente de un lado para otro buscando su alimento. Mas á nosotros, hijos vuestros, nos alimentáis de otra manera. Sabéis, Dios y Criador nuestro, que nada puede satisfacernos más que Vos mismo, y, por consecuencia, habéis querido convertirnos en nuestro manjar y bebida. ¡Oh infante misterio! ¡Oh prodigio de misericordia! Vos, Dios de Gloria, de belleza, de fortaleza y de dulzura, sablais que nada más que Vos mismo podía sostener nuestras naturalezas inmortales, nuestros frágiles corazones; por esto tomasteis cuerpo y sangre humanos, á fin de que, siendo cuerpo y sangre de Dios, fuesen nuestra vida.

2. Este pensamiento me sobrecoge. A otros los tratáis de diferente modo, mas por lo que á mí se re-

ficre, la carne y sangre de Dios son mi única vida. Sin ellas pereceré; mas ¿no pereceré también con ellas y por ellas? ¿Cómo puedo elevar mi bajeza hasta el acto de recibir á mi Dios como alimento de mi alma? Dios mio, me hallo en apurado trance. ¿seguiré adelante ó retrocederé? Seguiré adelante é iré á vuestro encuentro. Abriré mi boca y recibiré vuestro don. Lo recibiré con gran temor y reverencia; mas ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿A quién iré más que á Vos? ¿Quién sino Vos puede salvarme? ¿Quién sino Vos puede purificarme? ¿Quién sino Vos puede enseñarme á vencerme á mí mismo? ¿Quién sino Vos puede resucitar mi cuerpo y sacarlo del sepulcro? Por esto acudo á Vos en todas mis necesidades, con temor, mas también con fe.

3. Dios mio, Vos sois mi vida; si os dejo, forzosamente tendré sed. Las almas condenadas padecen sed devoradora en el infierno, porque no tienen á Dios. Padecen sed, mas también la padecieran de otro modo, por necesidad de su misma natura-

leza. Mas yo, Dios mio, desco tener una sed mejor y estar sediento de Vos. Desco revestirme de aquella nueva naturaleza que tiene tal deseo de Vos, movida por el amor que domina y vence al temor de acercarse á Vos. A Vos acudo, oh Señor! no solamente porque sin Vos soy desdichado, no solamente porque siento que os necesito, mas tambien porque vuestra gracia me impele á buscaros por ser Vos quien sois, y por la magnificencia de vuestra gloria y hermosura. Acércome con gran miedo, pero con mucho mayor amor. Haced que, á medida que pasen los años y el corazón cierre sus puertas y todas las cosas se hagan enojosas, no pierda nunca la juventud, la vivacidad, la flexibilidad de mi amor á Vos. Suplid con vuestra gracia las deficiencias de la naturaleza. Haced por mí lo más, que yo sólo puedo hacer lo menos. Y si me obstino en no abrir os mi corazón, aumentad la fuerza y plenitud de vuestras visitaciones sobrenaturales y haced en mí más necesaria y eficaz vuestra presencia.

EL SAGRADO CORAZÓN

I. ¡Oh Sagrado Corazón de Jesús! Os adoro, en la unidad de la personalidad de la segunda Persona de la Trinidad Santísima. Todo lo que pertenece á la persona de Jesús, pertenece, por consiguiente, á Dios y debe ser adorado con la misma única adoración que tributamos á Jesús. No tomó naturaleza humana como algo diferente y separado de El, sino sencilla, absoluta y eternamente como cosa suya, que habíamos de unir siempre á El en nuestro pensamiento. Os adoro, Corazón de Jesús, porque sois Jesús mismo, porque sois el Verbo eterno en la naturaleza humana, que tomó en su integridad, y en la cual vive plenamente, estando, por lo tanto, en Vos. Sois el corazón del Altísimo hecho hombre. Adorándoos, adoro á mi

Dios Encarnado, á mi Emanuel. Os adoro, porque tomasteis parte en aquella pasión que me dió la vida, porque os quebrasteis y rompisteis en la agonía del huerto de Getsenani, rebosando vuestra sangre, la cual, esparramándose por las venas y poros de la piel, se derramó sobre la tierra; porque quedasteis exaügüe sobre la cruz y, aun después de muerto, fuisteis alanceado y disteis todavía lo poco que os quedaba de aquel tesoro inapreciable, que fué el precio de nuestra redención.

2. ¡Oh Dios y Salvador miol adoro vuestro Sagrado Corazón, porque el corazón es asiento y fuente de vuestros afectos humanos más tiernos para con nosotros, pobres pecadores. Es iustrumento y órgano de vuestro amor; palpitó por nosotros; se desveló por nosotros; padeció por nosotros y por nuestra salvación. Le devoró ardiente celo, á fin de que la gloria de Dios fuese manifestada en nosotros y por nosotros. És el canal por el cual ha llegado

hasta nosotros abundantemente vuestro amor humano y toda vuestra caridad divina para con nosotros. Vuestra compasión incomprensible, como Dios y como Hombre, como Criador, Redentor y Juez nuestro, ha llegado hasta nosotros y llega en un río de aguas mezcladas é inseparables, por medio del Sagrado Corazón. ¡Oh sacratísimo símbolo y Sacramento de amor, divino y humano, en su plenitud: me salvasteis por vuestra fuerza divina y por vuestro amor humano, y, finalmente, con aquella sangre de maravillosa eficacia que derramasteis generosamente.

3. Sacratísimo y amorosísimo Corazón de Jesús: estáis oculto en la Eucaristía, y aun palpitáis por nosotros. Ahora como entonces decís: *Desiderio desideravi*: «Con deseo he deseado.» Os adoro con el mayor amor y reverencia, con fervoroso afecto, con voluntad sumisa, pero firme. ¡Oh Dios mío! puesto que vuestra condescendencia me permite recibirlos, comerlos y beberlos, y puesto que habitáis por algún espacio en

mi pecho, haced que mi corazón palpite á compás del vuestro. Purificadlo de todo lo terreno, de todo orgullo y sensualidad, de toda dureza y crueldad, de toda perversidad, de todo desorden, de toda muerte. Llenadlo de Vos, de manera que ni los acontecimientos cotidianos ni las variaciones de los tiempos puedan turbarlo, y en vuestro santo amor y temorhalle su paz.

XVII

PERFECCIÓN INFINITA DE DIOS

*Ex ipso; et per ipsum, et in ipso sunt
omnia.*

1. *Ex ipso.* Os adoro, Dios mio, como origen y fuente de todo lo que contiene el mundo. Al principio Vos solo existiais. Hablais sido de toda la eternidad. Vos solo no tuvisteis principio. Vos solo habéis existido siempre, sin haber comenzado á existir. Necesariamente habéis estado con Vos mismo toda una eternidad, encerrando en Vos y por Vos todas las perfecciones; universo de universos; abismo infinito de todo lo grande y maravilloso, hermoso y santo; tesoro único de atributos infinitos; infinitamente uno y, no obstante, infinitamente vario. Dios mio, este pensamiento excede á la natu-

raleza creada, ¡cuánto más á la mía! No puedo siquiera expresarlo; sólo me es dado pronunciar algunas palabras, y decir: «Creo», aunque sin entender. Mas, ciertamente, puedo adoraros, Dios inmenso y bondadosísimo, como fuente de toda perfección: os adoro y, con vuestra gracia, os adoraré siempre.

2. *Per ipsum.* Cuando otros seres principiaron á existir, merced á Vos vivieron. No principiaron por sí mismos. No debieron su existencia más que á vuestra voluntad deliberada, á vuestro eterno consejo, á vuestra sola operación. Son enteramente vuestros. De toda la eternidad, en el profundo océano de vuestra bieuventuranza, predestinasteis todo lo que había de acaecer á su debido tiempo. No hay substancia, por insignificante que parezca, que no exista por obra y designio vuestros. Mucho más aun, ninguna alma comienza á existir que no sea por una señal y por un acto expreso vuestro. Veis, y habéis visto, por toda la eternidad, odas y cada una de vuestras cri-

turas. Me habéis visto, Dios mío, eternamente. Veis claramente y habéis visto siempre si he de salvarme ó condenarme. Veis mi término á través de las edades, en el cielo ó en el infierno. ¡Terrible pensamiento! Dios mío, haced que pueda sobrellevarlo, no sea que, al pensar en Vos, me vea confundido; y guiadme por el camino de la salvación.

3. *In ipso.* Creo y sé, además, que todas las cosas existen en Vos. Lo creado, lo que vive, lo que es de alguna excelencia, lo que es instrumento de gozo y felicidad en todo el universo, es, en su substancia, sencilla y absolutamente vuestro. Únicamente bañándose en el océano de vuestras perfecciones infinitas pueden tener algo de bueno todos los seres. La belleza y majestad del mundo visible es una sombra ó bosquejo de Dios, ó la manifestación ú operación en un medio creado de uno ú otro de sus atributos. Todas las maravillas del talento ó del genio del hombre no son más que un indigno reflejo del rayo más lejano de

la Inteligencia eterna. El bien que obramos es debido únicamente á vuestro auxilio, no siendo más, por otra parte, que una pálida imitación de la santidad que Vos poseéis plenamente. Dios mío, ¿podré veros un día? ¿Qué vista puede compararse con la vuestra? ¿Podré ver la fuente de la gracia que me alumbra, consuela y fortalece? Así como vine de Vos, fui creado por Vos y en Vos vivo, así también, Dios mío, haced que, finalmente, vuelva á Vos y con Vos esté por todos los siglos de los siglos.

XVIII

CIENCIA INFINITA DE DIOS

Omnia nuda et aperta sunt oculis ejus; non est illa creatura invisibilis in conspectu ejus.

Todas las cosas están desnudas y patentés á sus ojos; no hay criatura alguna invisible á su mirada.

I. Dios mío, os adoro, porque conocéis todas las cosas. Vuestra ciencia es diferente y superior á la que puedan tener vuestras criaturas. Nosotros conocemos valiéndonos de la vista y del pensamiento: pocas cosas conocemos de otro modo; mas, ¡cada poco se parece nuestra ciencia á la vuestra, no sólo por lo que abarca, mas también por su naturaleza y carácter! Grande es la ciencia de los Ángeles; mas, comparada con la vuestra, es mera igno-

rancia. El alma humana, que tomasteis cuando os hicisteis hombre, estuvo desde el principio dotada de todos los conocimientos de que es susceptible la naturaleza humana, pero, aun esto no era nada más que una gota comparada con el océano, una chispa al lado de los brillantes fulgores de aquella ciencia que sólo á Vos pertenece, como Dios.

2. Y no podía ser de otro modo, Dios mio; porque desde el principio y eternamente existiais por vuestro propio poder, y vuestra bienaventuranza consistía en conoceros y contemplaros, el Padre en el Hijo y en el Espíritu Santo, y el Hijo y el Espíritu Santo recíprocamente y en el Padre, abrazando infinitamente de este modo lo infinito. Conociendo tan perfectamente vuestro ser infinito, conociais lo que es mayor y más excelso que todo lo existente. Cuanto contiene el universo no es más que finito. Es finito por ilimitado que parezca; es finito, á pesar de ser tan multiforme; es finito, á pesar del arte, belleza y esplendor.

dor maravillosos que despliega; mas Vos sois el Dios infinito y, conociéndos, mucho más conocéis el universo con todo lo que contiene, por grande, por variado y complejo que sea.

3. ¡Oh Dios infinito! conocéis todo lo que contiene el universo, porque Vos mismo lo fabricasteis. Es obra de vuestras manos. Sois omnisciente, porque sois omnicreador. Conocéis cada una de las partes del todo, por insignificante que sea, tanto como el todo mismo. Conocéis el espíritu tan perfectamente como la materia. Conocéis los pensamientos é intenciones de cada alma en particular de un modo tan cabal como si no existiese otra alma en todo el mundo creado. Me conocéis con igual perfección; el presente, el pasado, el porvenir, son ante vuestra presencia como una sola cosa. Veis los movimientos más tenues y pasajeros de mi pensamiento, que yo mismo apenas percibo. Podéis referir á su origen cada una de mis acciones y cada uno de mis pensamientos, y observar su desen-

volvimiento y sus consecuencias. Conocéis lo que será de mí finalmente; tenéis siempre presente la hora en que seré llamado á comparecer ante vuestro tribunal. ¡Cuán terrible es la certidumbre de que me hallaré un día en presencia de mi Juez! Sin embargo, ¡oh Señor! no quisiera que Vos no me conocierais. Es mi mayor consuelo saber que leéis en mi corazón. Aumentad en mí la sinceridad y franqueza que tanto he deseado. Haced que nunca sienta miedo de estar presente á vuestra vista; miedo nacido del convencimiento interior de que no trató sinceramente de agradaros. Enseñadme á amaros más y más, que así tendré paz, y en manera alguna os temeré.

LA PROVIDENCIA DE DIOS.

1. O: adoro, Dios mio, porque habéis señalado á todas las cosas por Vos creadas el fin que han de alcanzar y los medios que han de poner en práctica. No habéis creado nada que no tenga su fin propio y que Vos no encaminéis á dicho fin. El fin que señalasteis al hombre desde el principio fué vuestra adoración y vuestro servicio, y un estado de felicidad inherente al cumplimiento de este deber, una eternidad bienaventurada de alma y cuerpo con Vos para siempre. Así lo dispusisteis para todos los hombres. Vuestra mano y vuestra mirada dirigen no sólo la creación irracional, mas también nos dirige. Enderezáis todo lo existente hacia su propio fin. No hay reptil ó insecto que no miréis y hagáis vivir

mientras dura su tiempo. No hay pecador, idólatra, blasfemo ó ateo que no viva por dignación vuestra, á fin de que se pueda arrepentir. Cuidáis con la mayor solicitud de cada uno de los seres que habéis creado, como si no existiese otro alguno en el mundo. Porque podéis ver á cada uno de ellos simultáneamente, amándole y vigilándole con toda la plenitud de vuestros atributos, como si le sirviérais y atendiérais por lo que vale. Dios mío, plácese contemplaros y adoraros, como causa maravillosa de todas las cosas en todo tiempo y lugar.

2. Todos los actos de vuestra providencia son actos de amor. El mal que nos enviáis es por puro amor. Todos los males del mundo físico están dispuestos para el bien de vuestras criaturas, ó son los compañeros inevitables de aquel bien. Y convertis el mal en bien. Los males visitan á los hombres por disposición vuestra para que éstos se arrepientan, crezcan en virtud y se hagan merecedores de un mayor

bien futuro. Nada es en vano, mas todo tiene su fin adecuado. Castigáis, mas aun en vuestra cólera no olvidáis vuestra misericordia. Vuestra justicia misma, cuando descarga su rigor sobre el pecador impenitente, agotadas ya vuestras amorosas reconveuciones y llamamientos, es un acto de misericordia para los demás, porque los preserva del contagio y les sirve de aviso. Reconozco con fe plena y firmísima, ¡oh Señor! la sabiduría y bondad de vuestra Providencia, que se manifiesta aún en vuestros decretos incomprensibles.

3. Dios mío, toda mi vida ha sido una serie de beneficios y misericordias derramados sobre el hombre más indigno de recibirlos. No necesito más prueba que la experiencia propia para reconocer vuestra providencia conmigo. Sin cesar me habéis guiado, habéis apartado de mi camino los peligros, me habéis recobrado, me habéis llamado á Vos, habéis apagado mi sed, me habéis ayudado á llevar mi carga,

me habéis dirigido, me habéis sostenido. ¡No me abandonéis cuando flaqueen mis fuerzas! No; no me abandonaréis nunca; en Vos puedo descansar con fiadamente. Con todo y ser pecador, mientras os sea fiel, también lo seréis Vos conmigo, abundantísimamente y hasta el fin. Puedo descansar en vuestros brazos y reclinar mi cabeza en vuestro pecho. Mas concededme y aumentad en mí la verdadera lealtad, que es la condición de nuestro pacto, y la señal en mi corazón y en mi conciencia de que Vos, Dios soberano, no abandonaréis al más miserable de vuestros hijos.

XX

DIOS ES TODO EN TODOS

Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis.

Un Dios Padre de todos, el cual está por encima de todos, y por todo y en todos nosotros.

1. Sólo Dios está en el cielo; Dios es todo en todos. Eterno Señor, reconozco esta verdad y os adoro en este misterio soberano y gloriosísimo. Existe un solo Dios que llena el cielo; y todas las criaturas bienaventuradas, aun cuando permanezcan en su individualidad, están absorbidas y, por decirlo así, ~~negadas~~—y precisamente su bienaventuranza en esto consiste—en la plenitud de Aquel que está *super omnes, et per omnia, et in omnibus*.

Si algún día, mediante vuestra gracia, me es dado veros en el cielo, no veré allí á nadie más que á Vos, porque veré á todos aquellos á quienes veo en Vos, y, viéndoles, á Vos veré. Así como sin luz no puedo ver las cosas en este mundo, y verlas es ver los rayos luminosos que vienen de ellas, así también en la Ciudad Eterna *claritas Dei illuminavit eam, et lucerna ejus est Agnus*: la gloria de Dios la ha alumbrado y el Cordero es su luminar. Dios mío, os adoro ahora, con todo lo que puedan dar de sí mis fuerzas, como única y verdadera Vida y Luz del alma; que así os conoceré y contemplaré en la otra vida si, con el auxilio de vuestra gracia, puedo alcanzar el cielo.

2. Dios eterno é incomprensible, en Vos creo, y os confieso y adoro, porque sois infinitamente más maravilloso, abundante en medios é inmenso que el universo que tengo á la vista. Contemplo las profundidades del espacio, donde están esparcidas las estrellas, y comprendo

que para atravesar el universo de uno á otro cabo, si un puente lo cruzase, necesitara millones y millones de años. Considero la admirable variedad, riqueza y complejidad de vuestra obra, y sus elementos, principios, leyes y resultados. Trato de enumerar el sinnúmero de raras del saber humano, ciencias y artes, de las cuales pueda ser materia el universo; y sé que necesitaría muchos siglos de estudio para conocer todo lo que puede ser objeto de ciencia en este mundo, aun suponiendo que tuviese poder para adquirir tal suma de conocimientos. En cuanto dominase las ciencias conocidas columbraría nuevas ciencias ignotas, cuya existencia ni siquiera sospechaba, y las conclusiones de un día no serían más que el punto de partida para las investigaciones del día siguiente. Veo, además, la maravillosa belleza de las obras de vuestras manos, y cuanto más examino éstas más comprendo tal belleza. Y, terminado el examen del universo material, podría hallar un nuevo mundo de conoci-

nientos, más elevados y maravillosos, en vuestras creaciones intelectuales: vuestros Angeles y otros espíritus, y los hombres. Mas todo lo que se halla en esos dos mundos, superior é inferior, no es más que un átomo comparado con la grandeza, la altura, la profundidad, la gloria que están viendo vuestros Santos cuando os contemplan. Penetrar en Vos y en Vos derretirse: he aquí la tarea de la eternidad, siempre nueva, inagotable, de inefable éxtasis, descanso y felicidad de los bienaventurados.

3. Dios mio, fué vuestra dicha suprema en la eternidad pasada, y es vuestra dicha en todas las eternidades, tener tal conocimiento de Vos mismo como sólo Vos lo podéis. Viéndoos en vuestro Hijo y en vuestro Espíritu Santo coiguales, y viéndose ellos en Vos, solo Dios verdadero en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sois infinitamente bienaventurado. ¡Oh Dios mio! ¿qué soy para que hagáis consistir mi bienaventuranza en lo que es pro-

piedad vuestra, y que me concedáis no sólo que goce de vuestra vista, mas también que participe de vuestras dichas? Preparadme para las mismas y haced que tenga sed de ellas.

XVI

DIOS,

PERFECCIÓN INCOMUNICABLE

1. ¡Oh Dios omnipotente! Vos sois la sola plenitud infinita. De toda la eternidad sois la única sede y morada, apropiada y capaz de un modo completo y absoluto, de los más excelentes atributos que puedan concebirse, y también de todos aquellos que no nos es dado siquiera imaginar, los cuales son en mucho mayor número. Así lo creo, y lo tengo por conforme á la razón, aunque mi imaginación se sobresalte con semejante pensamiento; y lo confieso firmemente y de un modo absoluto, aunque sea éste el más difícil de los misterios. Así lo creo según mi actual experiencia de vuestros beneficios y misericordias para conmigo, que son otras tantas evidencias de vuestra existencia soberana,

propuestas continuamente á mi razón, y que están por encima de toda discusión ó duda. Así lo creo por estar larga é íntimamente familiarizado con esta creencia, de tal modo que ya forma parte de mi naturaleza racional, y también porque estoy constituido de tal manera y asentado sobre esta idea, como sobre una piedra angular sin la cual se derrumbaría el edificio de mi entendimiento. Así lo creo, porque así lo percibo íntimamente en mi conciencia, como un hecho patente, siéndome tan difícil negar mi propia personalidad como la personalidad divina, y perdiendo todo fundamento para creer que existo si es que niego la existencia de Dios. Así lo creo, porque no pudiera vivir sin Vos, que sois mi vida, y porque busco mayores felicidades que solamente mi unión con Vos puede concederme. Así lo creo, por el terror que me causa el quedarme en este mundo perverso sin apoyo ni protección. Así lo creo, porque os amo humildemente, porque me deleito en vuestra gloria y elevación, y porque deseo que Vos,

y sólo Vos, seáis verdaderamente grande. Así lo creo, por ser Vos quien sois, y porque me place imaginaros lleno de gloria, perfección y hermosura. Existe un Dios, un solo Dios verdadero.

2. ¡Oh Dios eterno! puesto que sois tan grande, siendo vuestra grandeza incomunicable, y puesto que sois uno, tan perfecto en vuestra unidad, parece á primera vista que hablais de estar completamente distanciado de las criaturas que pudieseis crear; separado de ellas por vuestra eternidad en el momento en que principiásemos á existir, y separado por vuestra excelencia trascendental y vuestra incompatibilidad absoluta con ellas. ¿Qué les podiais dar de vuestra pertenencia, que fuese adaptable á su naturaleza tan diferente de la vuestra? ¿Cuál de vuestros bienes podía ser suyo, ó causarles algún provecho, más que de un modo exterior y miserable? Si podiais constituir la felicidad del hombre, el hombre, á su vez, ó algún don que proviniese

del hombre, pudiera constituir la felicidad del ave de presa ó de la fiera, ó de la infinidad de animales diminutos que apenas podemos distinguir. El hombre no es tan superior á ellos, como Vos lo sois al hombre. Porque ¿qué es á vuestra vista toda criatura, ¡oh Señor! más que vanidad, polvo que un soplo dispersa, humo que se desvanece; más que un objeto miserable que se deshace á vuestra mirada y se eclipsa ante el esplendor de vuestra presencia? ¿No es ésta cosa que ha de desconcertar nuestra razón? De lo perfecto sólo puede proceder lo perfecto; sin embargo, por la naturaleza misma del caso, no podíais crear otro Dios; y, por consiguiente, ó no podíais crear cosa alguna, ó necesariamente sólo podíais crear lo que es infinitamente desemejante y, en cierto sentido, indigno del Creador.

3. ¿Qué comunión puede haber, pues, entre Vos y yo? ¡Oh Dios mío! ¿acaso soy nada más que materia sujeta á corrupción, un ser débil,

vacilante, miserable, comparado con Vos? Soy obra vuestra, y me creasteis exento de pecado; mas ¿cómo podéis mirarme con complacencia, aun en el estado mejor de mi naturaleza? ¿Cómo podéis ver en mí una imagen vuestra? ¿Cómo es esto, oh Dios y Creador mio? Hallasteis buena vuestra obra, é hicisteis el hombre á imagen y semejanza vuestra. Con todo, existe un abismo infinito entre Vos y yo, ¡oh Dios mio!

XXII

COMUNICACIÓN DE DIOS Á NOSOTROS

1. Vnuestra perfección, ¡oh Señor! es incommunicable; sin embargo, la omnipotencia con la cual creasteis es también eficaz para que os comunicéis á los espíritus creados. Vnuestra vida todopoderosa no es para nuestra destrucción, sino para que vivamos. Sois siempre uno y el mismo, pero emana de Vos continuamente una potencia ó virtud, cuyo contacto nos da fuerza y bondad. No sé cómo puede ser esto; mi razón no me satisface en este punto; pero la naturaleza me insinúa la verdad de este misterio, y con la fe adquiero una completa seguridad del mismo. Merced á Vos franqueemos el abismo que de Vos nos separa. El Dios viviente da la vida. Vos sois el origen y centro, y también la

sede de todo lo bueno. Los destellos de vuestra gloria, como los rayos dorados del sol, están desparramados sobre toda la faz de la naturaleza, sin que por esto sufran mengua vuestras perfecciones y sin detrimento de vuestra esencia trascendental é inaccesible. Ignoro cómo puede ser esto; pero así es. Y de este modo, con todo y permanecer uno y solo, é infinitamente alejado de las cosas creadas, sois, no obstante, la plenitud de todas ellas, que por Vos subsisten y participan de Vos y en Vos están absorbidas, sin perder por eso su individualidad. Y de este modo, al paso que, abandonados á nuestra propia naturaleza, languidecemos y decaemos, vuestro aliento nos da vida y vuestra gracia nos hace capaces de soportar vuestra presencia.

2. Hacedme, pues, semejante á Vos, ¡oh Dios mío! puesto que, á pesar de mí mismo, así podéis hacerme, quedando yo formado á vuestro gusto. Dirigid hacia mí vuestra mirada, ¡oh Criador mío! compade-

ceos de la obra de vuestras manos, *ne peream in infirmitate mea*: «á fin de que no perezca en mi flaqueza». Sacadme de mi natural impotencia, puesto que esto es posible y para mí de necesidad summa. Habéis mostrado á la faz del universo entero que semejante cosa era posible, con la prueba más decisiva y convincente, esto es, tomando Vos mismo nuestra naturaleza creada, y realizándola en Vos. Haced que pueda yo beneficiar personalmente de esta verdad maravillosa, que ha sido tan públicamente reconocida y confirmada. Haced que posea en mi persona lo que habéis otorgado á la naturaleza humana en la persona de Jesús. Hacedme participe de aquella Naturaleza divina en toda la riqueza de sus atributos, que en plenitud de substancia y con posesión personal concurren en el Hijo de María. Dadme aquella vida, conveniente á mis necesidades, sumada y depositada para el bien de todos en Aquel que es la Vida de la humanidad. Enseñadme y hacedme capaz de vivir como los Santos y

los Angeles. Sacudid mi torpeza, y haced que mi alma no sea ya irritable, sensible, deficiente, anárquica, llenándola con vuestra plenitud. Dirigid sobre mi vuestro aliento, á fin de que mi carne muerta resucite. Dirigid sobre mí vuestro aliento, que infunde energía y aviva el celo. Y pidiéndoos celo, pido también todo lo que pueda necesitar y Vos podéis darme; porque el celo es la corona de todos los dones y virtudes, y sin estar presentes unos y otras, no puede existir realmente y con plenitud. El celo es belleza y gloria, y es la continua salvaguardia de todo don y virtud, y su purificador. Pidiéndoos celo, pido fuerza, estabilidad y perseverancia verdaderas; pido la indiferencia ante todo móvil puramente humano, y rectitud de intención para seros agradable; pido la fe, la esperanza, la caridad en el grado más celestial; pido perder todo miedo al hombre y todo deseo de ser por él alabado; pido el don de la oración, porque me será sumamente dulce; pido un claro conocimiento del deber, si-

guiendo á la vehemencia del afecto; pido á la vez la santidad, la paz y el contentamiento. Pidiendo celo, pido el resplandor de los querubines, el fuego de los serafines y la claridad de todos los Santos. Pidiendo celo, pido lo que más he menester, porque el celo encierra todos los dones. Nada me turbara, nada me pareciera difícil si mi alma estuviese animada por ardiente celo.

3. Señor, cuando os pido el don del celo, os pido á Vos mismo; no pido otra cosa alguna, ¡oh Dios miol que os habéis entregado por completo á nosotros. Penetrad en mi corazón de un modo substancial y personal, y llenadlo de celo llenándolo de Vos. Sólo Vos podéis saciar al alma humana, y así prometisteis hacerlo. Vos sois la llama viviente que arde siempre con el fuego del amor al hombre; entrad en mí é incendiad mi alma á imagen y semejanza vuestra.

XXIII

DIOS, BIEN ÚNICO POR TODA LA ETERNIDAD

1. Dios mío, creo en Vos, y os conozco y adoro, porque sois infinito en la multiplicidad y profundidad de vuestros atributos. Os adoro, porque encerrái; abundantemente todo lo que puede deleitar y satisfacer al alma. Sé, por el contrario, y me lo ha evidenciado mi propia experiencia, que todo lo creado, todo lo terreno, solamente place durante algún tiempo, no tardando en producir tedio y fatiga. Creo que nada hay acá en la tierra que no acabase por hastiarme. Creo que, aun cuando dispusiese de todos los medios para alcanzar la felicidad que puede hallarse en este mundo, con todo, andando el tiempo, me cansaría de vivir, y no habría cosa que no me pareciese vulgar, inútil y repulsiva.

Creo que, si hubiese sido mi destino vivir á través de los largos tiempos antediluvianos, y vivir sin Vos, hubiera llegado á su término en un grado extremo é inconcebible de infelicidad. Probablemente, el cansancio y el disgusto me indujeran á consumir mi propia destrucción. Al cabo perdiera mi razón y me volviera loco, si mi vida se prolongaba en demasía. ¡Esta me pareciera un solitario destierro, porque me hallara encerrado en mí mismo sin compañero alguno, si no podía conversar con Vos, ¡oh Dios mío! Vos solo, infinito Señor, sois siempre nuevo, aunque anterior á los tiempos; sois el principio y el fin de todo.

2. Vos, Dios mío, sois siempre nuevo, aunque anterior á los tiempos; Vos solo sois el alimento que nos ha de sustentar por toda la eternidad. He de vivir para siempre, no durante un tiempo limitado, y no tengo poder alguno sobre mi existencia; no me es dado destruirme, aun cuando fuese bastante

malvado para intentar semejante crimen. Debo seguir viviendo, siempre con mi entendimiento y mi conciencia, á pesar de mi mismo. Sin Vos la eternidad sería sinóuima de miseria eterna. Solamente en Vos hallaré lo que me puede sostener por toda la eternidad; Vos solo sois el alimento de mi alma. Vos solo sois inagotable, y me brindáis siempre con alguna nueva ciencia ó algún nuevo amor. Después de transcurrir millones de años, os conoceré tan poco, que me parecerá que apenas comienzo á conoceros; hallaré en Vos la misma dulzura, ó, mejor dicho, mayor dulzura que en un principio, y me parecerá que apenas comienzo á gozaros. Y por toda la eternidad seré como un niño que aprende las primeras nociones de vuestra Naturaleza divina é infinita. Porque sois el centro y asiento de todo lo bueno, lo único substancial en este mundo de sombras, y el cielo en el cual viven y gozan los espíritus bienaventurados.

3. Dios mío, Vos sois mi única

herencia. La prudencia me aconseja que abandone el mundo para acudir á Vos; así lo hago. Renuncio á las cosas que me engañan con sus promesas y me acoto al que cumple lo prometido. ¿A quién más que á Vos puedo acogerme? Deseo hallaros y alimentarme de Vos en este mundo. Deseo alimentarme de Vos, ¡oh Jesús, Señor mío! que resucitasteis, subisteis á los cielos, y, no obstante, os quedasteis con vuestro pueblo en la tierra. A Vos dirijo la mirada, buscando el Pan viviente que está en los cielos y de los cielos baja. Dadme siempre de este Pan. Destruid esta vida, próxima á perecer, y aun cuando no la destruyáis, llenadme de aquella vida sobrenatural exenta de la muerte.